

Ouviña, Hernán. **Las asambleas barriales y la construcción de lo “público no estatal”: la experiencia en la Ciudad Autónoma de Buenos Aires.** *Informe final del concurso: Movimientos sociales y nuevos conflictos en América Latina y el Caribe.* Programa Regional de Becas CLACSO. 2002

Disponible en la World Wide Web:

<http://bibliotecavirtual.clacso.org.ar/ar/libros/becas/2002/mov/ouvina.pdf>

www.clacso.org	RED DE BIBLIOTECAS VIRTUALES DE CIENCIAS SOCIALES DE AMERICA LATINA Y EL CARIBE, DE LA RED DE CENTROS MIEMBROS DE CLACSO http://www.clacso.org.ar/biblioteca - biblioteca@clacso.edu.ar
----------------	-------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------

Las asambleas barriales y la construcción de lo “público no estatal”: la experiencia en la Ciudad Autónoma de Buenos Aires

Hernán Ouviña*

Habrá aún asambleas en las plazas públicas y movimientos en los que no teníais pensado intervenir

André Breton. Primer Manifiesto Surrealista

Introducción

El presente artículo es producto de una investigación realizada durante el año 2003 que se centró, en un principio, en la caracterización del fenómeno asambleario en la Ciudad Autónoma de Buenos Aires, planteando en primera instancia algunas comparaciones con las asociaciones vecinales existentes durante el siglo XX en Argentina, organizadas en torno a los problemas territoriales en sus respectivos barrios. En segundo término, nos propusimos abordar las dimensiones organizativas de las asambleas surgidas en los diferentes barrios capitalinos, atendiendo a su ubicación geográfica, al tipo de estructura interna que generan en sus prácticas, a la composición social de los miembros que las integran, a las actividades que están encarando en relación al barrio y a los vecinos, a las instancias de articulación que establecen con otras asambleas y también al vínculo que entablan con otras organizaciones y actores sociales, tales como los movimientos de trabajadores desocupados (piqueteros), los obreros de las empresas “recuperadas” y las cooperativas de cartoneros.

Durante el trascurso de nuestra investigación fuimos reformulando nuestro marco analítico-conceptual, en particular en lo referido a la delimitación entre lo que definimos como práctica política y lo que caracterizamos como “espacios públicos no estatales”, entendiendo bajo este nombre a un tipo de instancia que involucra formas de intervención colectiva y participación voluntaria de los vecinos, bajo lógicas que se distinguen de las que tradicionalmente guiaron a los órganos de gestión pública, por no estar acotadas al ámbito estatal ni al mercantil. En este sentido, nos abocamos a investigar los alcances y límites de estas modalidades de participación que -creemos- inauguran novedosos escenarios de vivencia democrática, así como sus posibles articulaciones con otras formas de auto-

organización urbana, preguntándonos si pueden o no consolidarse como mediadoras reales de la acción política de los sectores populares por sus intereses, bajo control de éstos, sin atarse mecánicamente al derecho estatal ni a la forma organizativa partidaria que regulan la representación política (Genro, 2000). Al respecto, una faceta relevante en esta etapa ha sido el análisis de otras modalidades de gestión que se están llevando adelante en diversas asambleas, explorando similitudes y diferencias en las posibilidades de articulación con otras formas de gestión como la estatal y la privada. Tal es el caso de los predios “recuperados”, los llamados socio-emprendimientos, y proyectos de economía solidaria.

A lo largo del artículo, intentaremos dar cuenta de todo este complejo proceso. Comenzaremos discutiendo en un nivel teórico qué entendemos por lo “público no estatal” y cuán innovadores resultan estos espacios con respecto a fenómenos similares surgidos en otros contextos históricos (v.g. sociedades de fomento). Luego se realizará una breve reseña de lo que consideramos es el preludeo social y político de las asambleas, en los años previos a su surgimiento, haciendo hincapié en la dinámica de construcción de los movimientos de trabajadores desocupados a partir de 1996 y 1997, así como de los acontecimientos que se sucedieron durante el año 2001, y que desembocaron en las jornadas del 19 y 20 de diciembre de ese año. En tercer lugar, se abordará el análisis del propio fenómeno asambleario, ahondando en las principales dimensiones que lo caracterizan, e intentando dar cuenta de su complejidad y singularidad. Por último, a modo de complemento, se efectuará un breve balance de la experiencia de las asambleas barriales, a la luz de su aparente repliegue y, en algunos casos, virtual desaparición.

Algunas aclaraciones conceptuales en torno a la noción de lo “público no estatal” y al fenómeno asambleario

La década del noventa implicó una profunda modificación de los límites entre lo público y lo privado, en particular en la Argentina. El proceso de privatización de los servicios públicos y de descentralización de determinadas funciones estatales -iniciado en los primeros años, en el marco de las leyes de Emergencia Económica y de Reforma del Estado- fue exhibido como un intento por parte del gobierno de Menem de fortalecer la sociedad civil. En esto tuvo que ver un diagnóstico hegemónico que observaba a la hipertrofia del Estado como principal responsable de los serios desajustes producidos en el financiamiento del gasto público. De ahí que los programas neoliberales de ajuste estructural aparecieran como la respuesta “técnicamente racional” para recuperar los equilibrios macroeconómicos perdidos. Sin embargo, el balance provisorio realizado por numerosos investigadores del tema indica que en realidad se terminó incrementando el poder de un reducido grupo de conglomerados económicos, beneficiarios del creciente predominio del mercado como reasignador de recursos (Oszlak, 1997, Borón, 2000, Thwaites Rey, 2001, Ouviaña, 2002a).

La propuesta neoconservadora de la instauración en la región de un “Estado

mínimo” no sólo tendió a acentuar las desigualdades sociales y económicas de gran parte de la población latinoamericana, sino que además tornó endeble a los propios aparatos estatales para garantizar de manera idónea sus funciones básicas. Poco a poco, distintas instituciones y especialistas comenzaron a hacerse eco de la necesidad de una “reconstrucción del espacio público”, otorgando una importancia sustancial en este proceso a las formas de propiedad y de control social “no estatales” (Fernandes, 1994, Bresser Pereira, 1998, Cardoso, 1997). La mayoría de estos autores, tal como expresa Cunill Grau (1997: 58), coinciden en que la noción de lo “público no estatal” remite a la creación de una institucionalidad que no sólo involucre la necesidad de tornar la gestión pública más permeable a las demandas emergentes de la sociedad, sino también de retirar del Estado y de los agentes sociales privilegiados el monopolio exclusivo de la definición de la agenda social. Esto implica un concepto de interés público plural y descentrado que, de acuerdo a Vera Telles (1994), brinde además la posibilidad de “publicitar conflictos privados, universalizar reivindicaciones, forzar el reconocimiento de alteridades y constituir actores colectivos que no pueden más dejar de ser tomados en cuenta en políticas y programas del Estado”¹.

Cierto es que la sociedad civil en abstracto como tal no existe. En este sentido, consideramos que Antonio Gramsci (1998) aporta una definición interesante, entendiéndola como aquel terreno en donde se disputan relaciones de fuerza entre polos sociales antagónicos. De ahí que tampoco pueda equipararse a la sociedad civil con “lo público” a secas, ya que ella cobija también (y hasta está moldeada por) vínculos mercantiles y enajenantes. Así pues, lo “público no estatal” se construiría en esa especie de *zona gris* entre el mercado y el Estado, pero no como ámbito complementario con respecto a estas dos esferas, sino en tanto potencial impugnación de la existencia de estas mediaciones que apuntan a organizar la vida misma en función del proceso de acumulación capitalista. La noción nos obliga entonces a repensar y revisar el concepto de política. En este punto, coincidimos con Joachim Hirsch (2001) en que es preciso trascender las categorías tradicionales que identificaban política *con* Estado.

Aunque pueda resultar paradójico, habida cuenta de la importancia crucial de las transformaciones ocurridas en la relación Estado/sociedad, en Argentina existe una escasa literatura especializada referida a estas nuevas formas de gestión pública y participación social denominadas “no estatales”, e incluso la misma se ha ocupado en forma fragmentaria del tema. Si bien algunos trabajos abordan la problemática, lo hacen a partir de análisis de casos específicos, tales como la opción de cogestión cooperativa de servicios públicos urbanos en la Ciudad de Córdoba (Zilocchi, 1998), o bien la experiencia realizada por una ONG en materia de fiscalización ciudadana (Kohen, 1998). En ambas ocasiones, además, se tienden a omitir ciertos factores sociales, políticos y económicos que, a nuestro entender, permitirían dar cuenta de una manera más englobadora de este tipo de procesos.

Por otro lado, debido al carácter reciente y novedoso de las asambleas barriales², prácticamente no existen investigaciones o artículos que intenten teorizar este

fenómeno. Antes de su surgimiento, los pocos autores que en los últimos años tuvieron como foco de análisis las protestas vecinales, hicieron especial hincapié en las figuras del “consumidor” y el “usuario”, postulando que casi la totalidad de las luchas ancladas en lo barrial se caracterizaban por expresar demandas de tipo *particular*, desarrollando una especie de “lobby” a favor de un interés corporativo (v.g. Nardacchione, 2000).

Antecedentes históricos de la (auto)organización vecinal

En Argentina³, el fenómeno más cercano a las asambleas barriales en términos históricos es el llamado “fomentismo”, constituido mayoritariamente por Juntas Vecinales y Consejos Comunitarios del Gran Buenos Aires. Si bien pueden rastrearse sus orígenes hacia finales del siglo XIX, es a partir del proceso de industrialización sustitutiva de importaciones iniciado en 1930 que cobra relevancia y se expande, adquiriendo arraigo social junto al crecimiento de la ciudad que se generaliza en la segunda mitad de la década del ‘40 (García Delgado y Silva, 1989: 219). Su característica principal en términos de demandas era una especie de *vecinalismo de petición*, centrado en la reivindicación de obras públicas para el mejoramiento del barrio que habitaban.

Un proceso similar se vivió por aquellos años en la ciudad de Buenos Aires. Al proceso de migración interna, se le sumaron los nuevos medios de transporte, la extensión del pavimento y los loteos de tierras baldías, fenómenos todos que, en conjunto, hicieron que muchos trabajadores abandonaron los conventillos del centro y se trasladaran a la periferia de la ciudad. Así nacieron al comienzo numerosos barrios, como Almagro, Caballito, Flores, Belgrano, Pompeya, Mataderos y Villa Urquiza. Estos factores, combinados con la paulatina ampliación de la participación política y la necesidad de acelerar la extensión de los servicios urbanos, impulsaron el surgimiento de asociaciones de fomento, clubes de barrio y bibliotecas populares, todos ellos verdaderos espacios que respondían a la “recreación, educación y sociabilidad que se iban generando en el seno de la sociedad barrial” (Thompson, 1995: 51-52).

No obstante, el objetivo prioritario del fomentismo -no siempre reconocido por sus dirigentes- no era tanto la desarrollo de la “cultura popular”, como el convertirse en *portavoces* de las demandas edilicias ante el gobierno municipal o provincial. La instalación de los principales servicios públicos, en especial los de transporte y electricidad, constituía un reclamo de los habitantes del barrio que se nucleaban cada vez más en torno a estas organizaciones, en la medida en que se incrementaba el desfase entre sus expectativas vecinales y la capacidad de realización de obras de infraestructura por parte del Estado. Cabe destacar, además, que la estructura organizativa propia de las sociedades de fomento era jerárquica, basada en una Dirección Ejecutiva elegida por lo general sobre la base de una lista única, que garantizaba la re-elección por varios mandatos consecutivos de sus referentes máximos.

Con la consolidación del populismo, la regulación de las asociaciones vecinales

por el Estado se intensifica, tendiéndose a la captación de lo social en parámetros estatales (Gonzalez Bombal, 1995: 68)⁴. Los sucesivos gobiernos civiles y militares no hacen sino disminuir aún más el poder autónomo de las organizaciones barriales, intentando que su rol se restrinja al de meros apoyos de un régimen restrictivo, teniendo como horizonte una concepción corporativa de la acción política. Durante la presidencia de Videla se llega incluso a prohibírsele a las asociaciones fomentistas la posibilidad de federarse, y a las comisiones barriales el integrar autoridades de las sociedades de fomento.

Ya a partir de finales de 1982, con los llamados “vecinazos” producidos en el sur de la provincia de Buenos Aires a raíz del incremento de la tasa de alumbrado, barrido y conservación de la vía pública, emergen dirigentes y organizaciones barriales que tienden a desbordar la dinámica institucional propia de las sociedades de fomento tradicionales⁵. No obstante este crecimiento y radicalidad (reflejado en su entendimiento de la política como algo constitutivo del movimiento, así como en estructuras de funcionamiento más horizontales y democráticas), sus demandas tendían a restringirse -en tanto ciudadanos “contribuyentes”- a un interés inmediato como vecinos-propietarios, solicitando una razonabilidad por parte de las autoridades municipales en el cobro de los impuestos (Gonzalez Bombal, 1989)

Durante los años noventa no se produjeron grandes protestas vecinales, aunque sí se vivieron situaciones en las cuales habitantes de varios barrios capitalinos manifestaron su descontento frente a incumplimientos por parte de las autoridades de los servicios públicos, o del gobierno. Tal es el caso del prolongado “apagón” sufrido en pleno verano de 1999 por vecinos de los barrios de Almagro, Boedo, Parque Patricios, Once, Congreso, Constitución, San Cristobal, San Telmo, Puerto Madero y San Nicolás. En aquella ocasión, cientos de usuarios llegaron a cortar en varias oportunidades calles y avenidas, incendiando neumáticos y bolsas de basura como modalidad de protesta frente a la negligencia de la empresa Edesur, y la inoperancia del gobierno nacional y municipal (Ouviña, 2001). Aunque no llegaron a articularse gestando algún tipo de organización territorial (salvo el caso de los vecinos de Boedo, que crearon una especie de foro de debate barrial), el hecho puede ser visto, en parte, como un antecedente del profundo descontento que tiempo después desencadenaría la rebelión popular del 19 y 20 de diciembre de 2001.

Hecho este breve racconto, consideramos que la emergencia de las asambleas en los distintos barrios de la Ciudad Autónoma de Buenos Aires constituye un quiebre -o cambio *cualitativo*- con respecto a los diferentes casos mencionados, debido a que gran parte de sus prácticas, como veremos, tienen como objetivo satisfacer necesidades públicas, a través del fortalecimiento de la “sociedad civil”, entendida como una tercer esfera entre *el* Estado y *el* mercado (Bresser Pereira y Cunill Grau, 1998)⁶. Precisamente una de nuestras hipótesis es que ellas operan desde una lógica inversa al “fomentismo” antes descrito: la intervención vecinal, lejos de menguar, en muchas ocasiones se amplía e intensifica en la medida en que se logran ciertos objetivos consensuados a nivel comunitario en la propia asamblea.

Esta creciente apertura de procesos decisorios y autogestivos en el ámbito social nos obliga a repensar -a la vez que distinguir- las nociones tradicionales de Estado y espacio público.

Las asambleas -en tanto instancias de “desprivatización” de lo social- permitirían recuperar la idea de lo “público” como algo que excede a (y hasta se contrapone con) lo propiamente estatal⁷. El hecho de que la mayoría de ellas funcionen en ámbitos abiertos, en muchos casos reapropiándose de terrenos anteriormente sumidos en una lógica privada⁸, no hace más que reafirmar esta hipótesis. La recuperación activa de lo “público”, tan imprescindible para la superación de la dinámica mercantil propia de la sociedad capitalista, es practicada a diario por los vecinos-asambleístas⁹. Reformulando el planteo del movimiento feminista, podría decirse que “lo vecinal es político”. Así pues, aquello que tanto desde el Estado como desde el mercado es considerado un problema individual, emerge como una cuestión colectiva, a resolver en el ámbito de la comunidad. Se quiebra así uno de los pilares básicos para el triunfo del neoliberalismo.

La política -entendida en su más amplio sentido- se reinscribe en lo barrial, al calor de la lucha y la construcción constante¹⁰. Este interés se ha materializado en la constitución de *Comisiones de Trabajo*¹¹ que abordan una multiplicidad de cuestiones a nivel micro y macro social, dinamizando el debate y, sobre todo, las acciones llevadas a cabo desde ese territorio en disputa permanente -o espacio vivido- que es el barrio¹².

Esta y otras características que desarrollaremos más adelante, nos permiten definir a las asambleas vecinales como ámbitos de construcción de un espacio “público no estatal”. Veamos, por último, el contexto inmediatamente previo en el cual emergen, para así comprender de manera más cabal sus dimensiones principales.

El preludeo asambleario

Sería erróneo suponer que las asambleas barriales surgieron como consecuencia directa y unívoca de los acontecimientos sucedidos el 19 y 20 de diciembre de 2001. No obstante, podemos establecer esta fecha como condensación de un momento histórico que da origen a la auto-organización vecinal, especialmente en barrios de la ciudad de Buenos Aires y, en menor medida del conurbano bonaerense y otras regiones céntricas del país¹³.

El antecedente más próximo de prácticas asamblearias, dejando de lado las experiencias que anteriormente enunciamos, lo constituyen los numerosos grupos “piqueteros”, que en diversos barrios y rutas comenzaron a realizar desde fines de 1996 un claro ejercicio de democracia directa. Podemos mencionar, por ejemplo, el caso de los MTD de la zona sur del Gran Buenos Aires¹⁴, uno de los primeros movimientos de desocupados surgidos al calor de las políticas neoliberales. De acuerdo a uno de sus integrantes, al comienzo “una de las cosas que más cautivó fue la forma organizativa, que todo se manejara en asambleas, que nadie tuviera

el cargo comprado, que todos fueran removibles” (MTD-CTD Anibal Verón, 2000: 4). De manera análoga, un compañero del MTD de Solano afirma lo siguiente: “la asamblea es el órgano que tiene la mayor importancia, es el lugar donde se discuten las propuestas, donde se toman las principales decisiones: los planes de lucha, la creación de nuevas áreas, la elección de delegados para cada barrio” (Colectivo Situaciones, 2001: 26). Por su parte, el Movimiento Teresa Rodríguez, integrante del Bloque Piquetero Nacional, expresa en su *Libro Celeste* (especie de manifiesto fundacional): “el alma de nuestro Movimiento son los Cabildos (asambleas). Quienes integramos el M.T.R. gobernamos y deliberamos a través de nosotros mismos. No delegamos en nadie ni el gobierno ni nuestra capacidad de deliberar. Nos reunimos en Cabildos y decidimos por consenso o por mayoría qué se hace o se deja de hacer. Además, elegimos entre nosotros a los compañeros que consideramos los más capaces para encabezar la ejecución -y sólo la ejecución- de lo resuelto”.

Siguiendo a Ana Dinerstein, podemos entonces afirmar que “la energía y los espacios ganados con las luchas que surgieron contra la violencia de la estabilidad, herederas de una historia de resistencia en Argentina, dieron forma a la insurrección de diciembre” (2002: 24). En efecto, previo a estas jornadas, se sucedieron una multiplicidad de hechos de enorme envergadura que concluirían el 19 y 20 de diciembre de 2001 su ciclo de ascenso. Merece destacarse, sin duda, la creciente relevancia que asumen los *cortes de ruta* efectuados por trabajadores desocupados y, en menor medida, ocupados. Esta nueva modalidad implica una sustancial transformación de la forma de protesta en la Argentina, que trae como consecuencia la emergencia un nuevo actor social y político en la segunda mitad de la década del '90: el movimiento piquetero. La conflictividad irá en ascenso hasta adquirir dimensión nacional en julio y agosto de 2001, meses antes del estallido popular. Cabe destacar que, en los sucesivos piquetes, la dinámica asamblearia devino no sólo en órgano de decisión política, sino en un auténtico dispositivo de regulación de la vida, tomando como parámetro la solidaridad y el compañerismo. De esta manera, tal como expresa Pablo Perazzi (2002: 56), poco a poco el piquete “deja de representar únicamente una medida de acción directa -y por lo tanto de duración limitada-, expresando cada vez más un modo de organización relativamente estable que suele exceder la inmediatez del reclamo puntual”, buscando tornar visible idearios político-sociales, a través del traslado de la oscura realidad barrial a una geografía pública.

Asimismo, a las sucesivas acciones de protesta bajo la modalidad de “apagones”, contra las arbitrariedades cometidas por las empresas públicas privatizadas (evidenciadas en la explosiva combinación de una deficiente prestación del servicio y la imposición de aumentos tarifarios), cabe agregar el hecho de que en los comicios legislativos del 14 de octubre, el llamado “voto bronca” resultó primera fuerza en la Ciudad de Buenos Aires y Santa Fe, registrando un incremento sin antecedentes en la historia en el resto del país. A pesar de existir cerca de veinte propuestas en cada uno de los distritos, un considerable porcentaje de votantes optó por votar en blanco, anular el sufragio o directamente no participar del acto electoral. Sobre un padrón de 24.883.991 votantes,

10.218.924 no habían elegido candidatos (Camarasa, 2002: 12). Casi 1.400.000 personas, además, votaron por partidos de izquierda (Clarín, 16/10/01: 20). A esto se sumó la confiscación de ahorros realizada por el gobierno nacional desde el 3 de diciembre, hecho que generó un profundo malestar en alrededor de tres millones de personas que se veían imposibilitadas de extraer de sus cuentas corrientes y cajas de ahorro más de 250 pesos por semana de dinero en efectivo.

Como respuesta al conjunto de medidas implementadas por el gobierno, las tres centrales sindicales (Confederación General del Trabajo “oficial”, CGT “disidente” y Central de los Trabajadores Argentinos) convocan para el 13 de diciembre a un paro activo nacional. Además de lograr un alto acatamiento, la jornada culmina con varios incidentes, destacándose los cruentos enfrentamientos que se producen en Neuquen entre la policía y numerosos desocupados. En los sucesivos días, los “saqueos” y expropiaciones a comercios y supermercados, que en un comienzo no eran más que focos aislados, se generalizan a varias provincias argentinas, incrementando la espiral de violencia. Asimismo, en la Ciudad Autónoma de Buenos Aires, trabajadores pasantes de la empresa Telefónica de Argentina deciden ocupar por esos días las oficinas centrales, en demanda de mejores condiciones de empleo, y contra la amenaza de despidos. Bajo este delicado contexto, la consulta popular realizada entre el 13 y el 17 de diciembre de 2001 por el Frente Nacional de Lucha contra la Pobreza (FreNaPo) logra convocar a más de tres millones de personas. Esta concurrencia masiva, así como el llamado “voto bronca” de octubre, fueron claros indicadores del descontento generalizado de una porción importante de la población, y pueden leerse retrospectivamente como antecedentes inmediatos del 19 y 20 de diciembre de 2001¹⁵.

En cuanto a las jornadas mismas -conocidas popularmente como el “argentínazo”-, han sido caracterizadas de la mas diversa manera: Si para algunos este “levantamiento popular” fue “el más preparado de todos los que lo antecedieron” (Altamira, 2002: 27), para otros significó en cambio una “insurrección espontánea” (Cotarelo, 2002: 87). Autores como Sanmartino y Romano (2002: 17) hablarán por su parte de “jornadas revolucionarias”, en el marco de una suerte de *empate* transitorio -expresado como crisis hegemónica- entre las clases fundamentales en pugna.

Consideramos que, al margen de los aportes y/o deficiencias de estas diferentes posturas¹⁶, nos acercamos más al planteo de concebir aquel acontecimiento en tanto *insurrección*¹⁷ de masas, fundamentalmente contra las políticas gubernamentales, implicando en términos históricos un punto de “no retorno”. Con ella se cierra definitivamente un ciclo iniciado -a escala nacional- el 24 de marzo de 1976 con el terrorismo de Estado, y continuado (más allá de los avances y retrocesos) durante los sucesivos gobiernos civiles de Alfonsín, Menem y De la Rúa, a lo largo del cual los sectores subalternos no logran trascender, más allá de breves interregnos, su accionar defensivo.

En cuanto al debate en torno al *carácter espontáneo de la revuelta*, podemos

expresar, siguiendo a Negri (1994: 361), que “la espontaneidad no es un hecho negativo; al contrario, es el resultado de experiencias y de luchas pasadas, inteligencia que se hace cuerpo y voluntad y que por eso se convierte en activación insurreccional”. A esto aludía Antonio Gramsci (1998: 327) cuando manifestaba que en la historia nunca se da la espontaneidad pura, ya que ella coincidiría con la mecanicidad “pura”. Por ello, hasta en el movimiento “más espontáneo” existen elementos de dirección consciente; lo que ocurre es que éstos no han dejado huellas o documentos identificables. Tal es el caso del 19 y 20 de diciembre de 2001, cuando lo que pasó fue que convivieron una multiplicidad de elementos, sin que ninguno de ellos tendiera a predominar. Por otra parte, si espontaneidad se entiende en su sentido etimológico (del latín “sponte”, es decir, que se hace libre o voluntariamente, sin causa externa), entonces los acontecimientos que quebraron la institucionalidad burguesa en diciembre de 2001 fueron más luxemburguistas que leninistas clásicos.

Ambas jornadas tuvieron, además, un *componente social sumamente amplio*, destacándose el 20 de diciembre la presencia juvenil. Es de resaltar, asimismo, la ausencia tanto de organizaciones sindicales como de movimientos piqueteros. De ahí que si bien el detonante inicial de la rebelión fue la declaración del *Estado de Sitio*, que se sumaba a la falta de medidas oficiales concretas para paliar los efectos negativos del “corralito”, no deban descontarse toda la serie de acontecimientos antes mencionados, que supusieron una lenta acumulación de fuerzas que culminó con la caída -por primera vez como consecuencia de una agitación de masas- del gobierno civil.

Cartografía de las asambleas barriales

Surgimiento territorial y ubicación geográfica

Según relatan los vecinos protagonistas del 19 y 20 de diciembre de 2001, ya en esos días se comienzan a reunir en plazas, monumentos y esquinas cientos de hombres y mujeres que, en función de la cercanía territorial, confluyen en puntos neurálgicos de cada uno de los barrios capitalinos. Ezequiel, de la asamblea del Cid Campeador, describe el surgimiento de ella de la siguiente manera: “en las cercanías del Cid, una chica de 19 años se enteró de que en otros barrios comenzaban a organizarse asambleas. Fue a ver cómo funcionaban, y se le ocurrió que nuestro barrio necesitaba una. Con la ayuda de una amiga y de un comerciante de la zona de unos 60 años, pegó carteles invitando a una reunión para el viernes siguiente. Muchos vecinos, entre ellos yo, vieron esos carteles y decidieron concurrir. Así nació la Asamblea Popular del Cid Campeador, que funciona semanalmente desde el 11 de enero” (Adamovsky, 2002: 48). La caracterización de la situación inicial se asemeja a la realizada por numerosos asambleístas consultados. A modo de ejemplo, podemos reproducir el caso de la asamblea de Plaza Palermo Viejo. El siguiente es un breve relato dado por sus integrantes: “en el barrio algunos vecinos nos reunimos por primera vez el lunes 28 de enero de 2002, en la esquina de Thames y Nicaragua. La asistencia a la convocatoria fue en aumento, hasta que se resolvió cambiar el lugar de reunión.

Decidimos entonces trasladarnos a la plaza que lleva el nombre del barrio. El cambio de espacio finalmente se concretó el 18 de febrero y en esa misma reunión se decidió el nombre que hoy nos identifica” (Boletín N° 1, 2002: 2)

No hay, por lo tanto, coincidencia total sobre el momento en el cual se gestó la primer asamblea vecinal: mientras algunos la ubican en el barrio porteño de Floresta a finales del mes de diciembre (Colectivo Situaciones, 2002: 174), otros postulan como instante fundacional el propio miércoles 19 a la noche en San Martín y J. B. Justo, barrio de Paternal (Guerrero, 2002: 54). Sin embargo, de acuerdo a nuestra investigación, muchas datan -si bien todavía sin nombre ni consistencia plena- desde días antes del estallido, como las reuniones llevadas a cabo por los vecinos del barrio de Liniers, o los auto-convocados de San Cristóbal. Pero más allá de la discusión que este contrapunto generó, lo cierto es que podemos afirmar que la inmensa mayoría de las asambleas surgieron con posterioridad al 19 y 20 de diciembre de 2001, más específicamente entre finales de diciembre y todo el mes de enero de 2002, al menos en el caso de la Ciudad Autónoma de Buenos Aires. Ya a partir de febrero y marzo comienzan a funcionar de manera plena las diferentes comisiones que dinamizan el debate surgido en las asambleas, favoreciendo así “el proceso de recuperación de la capacidad de acción” de las mismas (Svampa, 2002b: 57).

Por otro lado, con respecto a la ubicación geográfica de las asambleas, podemos mencionar que, al menos en los primeros meses de emergencia, casi la mitad de ellas se encuentran en la ciudad capitalina (lo cual significa que con sólo uno de cada diez habitantes del país, tiene en promedio cuatro de cada diez asambleas), mientras que el resto se distribuyen mayoritariamente en la provincia de Buenos Aires y, en menor medida, Santa Fe, Córdoba, Entre Ríos, Río Negro, La Pampa, Neuquén y San Juan (Pereyra, 2003). Cabe agregar que, en el caso específico de la Ciudad Autónoma de Buenos Aires, la mayor concentración se ubica en aquellos barrios cuya composición social es predominantemente de clase media, tales como Belgrano, Palermo, Almagro y Flores¹⁸. En las regiones periféricas de la Capital Federal (v.g. Pompeya, Villa Luro, Villa 31, Villa Soldati) su número es mucho más reducido, registrándose en casi la totalidad de estos barrios sólo una asamblea permanente. No obstante, es importante no absolutizar estos datos, ya que en algunos barrios con mayor poder adquisitivo también se verifican escasas asambleas (v.g. Recoleta). Consideramos que la composición social es uno de los factores relativos, aunque desde ya no el único, que influye en la proliferación o no de una mayor cantidad de asambleas. Otros condicionantes que pueden mencionarse a modo de ejemplo son la existencia o no de organizaciones vecinales previas, con trabajo territorial en la zona, así como el carácter espontáneo o no del surgimiento de cada asamblea (es decir, si fue convocada desde un comienzo por partidos políticos o referentes de agrupaciones no gubernamentales, o por el contrario se gestó como consecuencia directa de los sucesivos “cacerolazos”).

Sería infructuoso reseñar la totalidad de asambleas existentes en los diferentes barrios que componen la ciudad. Mientras algunas de ellas han sido disueltas,

muchas se han fracturado, al tiempo que otras han decidido fusionarse. No obstante, en su mayoría todavía continúan funcionando y realizan múltiples actividades. Incluso en el transcurso de la segunda mitad de 2002 y comienzos de 2003 se han creado nuevas asambleas, producto de rupturas o de la propia iniciativas de vecinos auto-convocados.

La composición social de las asambleas: una multiplicidad en movimiento

Siguiendo a Maristella Svampa (2002a: 29) podemos decir que tanto amplios sectores de las clases medias como grupos de jóvenes “encontraron su espacio de articulación -bajo la forma de la convergencia o del conflicto latente- en las asambleas”. No obstante esta primer gran definición, debemos aclarar que tanto en diferentes estudios efectuados (Quintar et al, 2003; Svampa et al, 2002; Fernández et al, 2002) como en las entrevistas realizadas, se reflejan una compleja multiplicidad en términos de edades, género, inserción laboral, nivel educativo o experiencias políticas previas. Así pues, una de las características distintivas de las asambleas es su alto grado de *heterogeneidad*, que lejos de suponer un eclecticismo caótico y amorfo, emerge en tanto dialogo permanente y transversal entre las diversas practicas y corrientes de opinión al interior del campo popular. En este tipo de espacios (auto)organizativos, cientos de vecinos y vecinas confluyeron en pos de un proyecto colectivo diverso, que se delinea en su propia acción cotidiana como una instancia fundamental de aprendizaje (con)vivencial.

Ligado a esta cuestión, un tema que generó mucha discusión desde el origen mismo del movimiento fue su *carácter vecinal*. Algunos autores han planteado que esto no hace más que expresar el contenido pequeño-burgués de esta instancia organizativa: la categoría de vecino -afirman- subsume y opaca la clásica dicotomía entre capital y trabajo, o bien entre burguesía y proletariado. Sin embargo, creemos que la recuperación de una palabra tan bastardeada como la de “vecino” contiene numerosas potencialidades. Merecen destacarse las siguientes:

1. La noción se vincula con la idea de territorialidad. Esto puede observarse también en el movimiento piquetero, pero no solo en él, ya que tanto los zapatistas chiapanecos como el Movimiento de Trabajadores Rurales Sin Tierra de Brasil arraigan gran parte de sus luchas en la recuperación de un espacio a nivel colectivo, en paralelo a la recomposición de los lazos de solidaridad rotos por el Estado y la dinámica fragmentaria del mercado. El vecino no necesita, pues, hacer “entrismo” en su barrio. Sería sencillamente un contrasentido.
2. El vecindario permite asumir un compromiso de lucha que, hoy en día, a raíz de la reestructuración capitalista de las últimas décadas, se torna cada vez más difícil en el ámbito laboral. Frente a una tasa de desocupación y subocupación enorme, y una flexibilización galopante, muchos hombres y mujeres encuentran en el barrio un espacio propicio para la construcción de una contra-hegemonía social, política y cultural.

La organización interna y sus dinámicas de funcionamiento

La organización de cada asamblea, más allá del barrio, tiene características similares, que podemos sintetizar de la siguiente manera: ausencia de una estructura interna con cargos permanentes, dinámica de exposición y posterior debate coordinado por lo general por un vecino rotativo, designado por la propia asamblea¹⁹. Además de este plenario general en el que se delibera sobre problemáticas nacionales pero también aquellas restringidas al barrio, fueron surgiendo con el correr del tiempo comisiones temáticas -prensa, salud, compras comunitarias, política y economía, etc.-, con el objetivo de operativizar las acciones discutidas semanalmente (Quintar et al, 2002). En algunos casos, estas instancias llegaron a autonomizarse al punto de constituir un colectivo con una dinámica propia con respecto a la reunión asamblearia semanal²⁰.

Con referencia a los numerosos debates generados en torno a las limitaciones y potencialidades de la democracia directa, las asambleas han dado cuenta de esta tensión en sus propias prácticas. Desde sus orígenes, fueron conscientes de que la horizontalidad, si bien imprescindible para la construcción permanente de nuevos vínculos, no puede, bajo ningún concepto, devenir en un “fetiche” remedio de todos los males²¹. Es necesario, antes bien, combinar los métodos de participación y discusión colectiva con los de la designación rotativa de delegados, que permitan llevar a cabo las actividades consensuadas con los vecinos. Esta forma de construcción no implica, sin embargo, la generación de liderazgos ni la escisión entre dirigentes y dirigidos. Tampoco reificar una falsa dicotomía entre representación política y democratismo acérrimo, principal “caballo de batalla” de los impugnadores de la forma asamblearia. A contrapelo, las múltiples comisiones de trabajo, las Mesas de Enlace, el Encuentro de Asambleas Autónomas y las respectivas Interzonales por barrio, demuestran cuan equivocados están quienes interpretan como caótico y desarticulado a este espacio comunal. No están ausentes en él, por supuesto, las contradicciones. Aquí radica, aunque pueda resultar paradójico, uno de los sustanciales aportes de las asambleas: lejos de intentar saldarla -o anularla lisa y llanamente-, han decidido *poner la contradicción en movimiento*, echarla a andar para que, en la misma dinámica de la lucha y la discusión, pueda ir constituyendo un motor para la creación de lo nuevo, sustentada por recursos y fuentes no convencionales que potencian la desobediencia civil. Sepultar la soberbia política ha sido uno de los objetivos prioritarios de las asambleas. Al parecer, en el transcurso de este tiempo, los partidos y organizaciones tradicionales fueron los menos permeables a esta tarea quijotesca que plasma en la praxis misma una profunda autocrítica con relación a las formas de in(ter)venición política.

Cabe agregar que, en especial a partir de 2003, casi la totalidad de las asambleas han dejado de votar para la toma de decisiones, llegando a acuerdos generales basados en el consenso. Consideramos que esto no anula la diversidad ontológica que cada espacio asambleario cobija, sino que evidencia una notable madurez social ligada a una nueva forma de construcción basada en la confianza, el respeto y la escucha de esa pluralidad de voces habitada por el hacer-pensar,

estando contenidos los *fin*es propuestos en los propios *med*ios de construcción. Se ha pasado, en palabras de un vecino de la asamblea *Gastón Riva* de Caballito, “de la declamación a la pregunta”. De esta manera, la práctica militante, lejos de ser obturada por lo afectivo, se ha ido nutriendo de él, dando origen así a una amalgama de acciones cooperantes, en donde el deseo no se contrapone sino que confirma la validez de la creación política por parte de esta congregación de voluntades críticas, que reniega de aplazar para “después de la revolución” la consolidación de vínculos fraternales.

La vinculación con otros actores sociales y políticos

Otro aspecto que merece destacarse es la relación o vínculo que las asambleas barriales han generado desde su surgimiento. En primer lugar, cabe mencionar al Estado, no solamente como interlocutor sino también en tanto antagonista político. Resulta claro que, más allá de ser reacias, nunca fueron totalmente ajenas con respecto al Estado²²: de manera análoga al movimiento piquetero, tres son las formas de “vinculación” de las asambleas con respecto a lo estatal:

1. Reapropiación colectiva de las energías expropiadas por la forma-Estado a la comunidad (gestión democrática de espacios y servicios públicos, apertura de merenderos, etc.);
2. Cooptación institucional (a través, por ejemplo, de los Centros de Gestión y Participación del Gobierno de la Ciudad Autónoma de Buenos Aires u otras instancias estatales)²³;
3. Represión manifiesta (como la sufrida por los vecinos de la asamblea de Merlo), o latente (v.g. amenazas reiteradas de Eduardo Duhalde y el Ministro del Interior Rodolfo Gabrielli, denunciando que “con asambleas en la calle no es posible gobernar”)²⁴.

En el caso específico de las asambleas de la Capital Federal, la relación más frecuente la establecen con el Gobierno de la Ciudad, a través de sus diferentes instituciones. Los Centros de Gestión y Participación, ubicados en cada uno de los barrios, son un referente permanente a la hora de exigir demandas vecinales²⁵. También la Comisión Municipal de la Vivienda y la Secretaría de Promoción Social, debido a sus funciones asistenciales, tienden a recibir peticiones y propuestas por parte de las asambleas (bolsones de alimentos, subsidios habitacionales, etc.). De las entrevistas realizadas se deduce que casi la totalidad de ellas han tenido o mantienen en la actualidad un vínculo con el gobierno municipal, aunque en la mayoría de los casos eso no implica subordinación o dependencia política con respecto a él.

En cuanto a los **partidos políticos**, coincidimos con Ana Fernández et al. (2003) en que la tensión asambleas/organizaciones partidarias es una de las más presentes desde el comienzo mismo del proceso abierto con el 19 y 20. También diversas son las estrategias que han desplegado los partidos políticos para garantizar la dirección de las asambleas en las cuales sus miembros participan²⁶:

1. El tradicional intento de *apartear* el espacio por parte de militantes que trazan

- su línea de acción al interior del partido, buscando luego imponer a la asamblea sus opciones.
2. El *copamiento*: es la práctica de una organización que, explicitando su pertenencia, trata de llevar el movimiento de las asambleas de modo tal que confluya con sus intereses partidarios.
 3. La *infiltración*: es la metodología empleada por afiliados a partidos que participan de la asamblea sin mencionar su pertenencia, pero tratan de influir en sus deliberaciones y acciones.
 4. El *amedrentamiento*: es una estrategia propia de los sectores de derecha, que puede ir desde el merodeo amenazante del lugar donde se desarrolla la asamblea, hasta la agresión física directa.

Teniendo en cuenta estas relaciones conflictivas, es importante destacar que el recelo de muchos asambleístas con respecto a los partidos de izquierda no significa, per se, despolitización. Por el contrario, supone en muchos casos, un paso frustrado y traumático por sus asfixiantes filas. El antes mencionado intento de *aparteo* de algunas agrupaciones quedó abollado, desde el inicio, por la férrea voluntad de numerosos vecinos con pasada experiencia militante, que encontraron nuevamente un ámbito de participación en las asambleas. Resulta sorprendente observar a cientos de personas que promedian los cincuenta años debatir en plazas y esquinas. Hace tres años, la mayoría de ellos no trascendía tal vez de la protesta individual frente al televisor, o la noticia de tapa del diario. Además, si bien denuncian y luchan contra el sometimiento y la opresión general, hacen un fuerte hincapié en desarticular las relaciones de dominación locales y específicas que, aunque (o precisamente por) invisibles y sutiles, garantizan la reproducción del orden existente día a día. Esto ha sido olvidado por casi la totalidad de las organizaciones populares, que reducen el combate a una mera disputa y acumulación de fuerzas por el poder estatal, subestimando las redes capilares de expropiación del hacer humano que operan cotidianamente.

En tercer lugar, podemos mencionar el caso de los **cartoneros**. Varias asambleas desde sus inicios han tenido una íntima vinculación con este actor social. La asamblea de Colegiales, por ejemplo, debido a su proximidad geográfica con el ramal del llamado Tren Blanco, ha realizado actividades en conjunto con ellos. Durante el año 2002, se llevó a cabo una campaña de vacunación que dio resultados sumamente positivos, consiguiéndose la reapertura, luego de movilizaciones conjuntas de las asambleas de Colegiales, Palermo Viejo y Núñez-Saavedra, de la estación Carranza, cerrada durante ocho meses para los cartoneros. En particular, la asamblea de Colegiales brinda la casa de uno de sus integrantes para el acopio de materiales reciclables y alimentos juntados por cartoneros y vecinos. También la asamblea de Palermo Viejo ha enviado un cargamento, junto con cartoneros con quienes trabajan hace ya más de un año, para los inundados de Santa Fe. Por su parte, la asamblea popular de Villa Pueyrredón viene colaborando, junto con otras asociaciones y ONG's del barrio, en un proyecto de (auto)organización de los cartoneros como Cooperativa de Recuperadores Urbanos. En una carta abierta dirigida a los vecinos, en donde comentan las actividades que están llevando a cabo en el predio recuperado en

Artigas y las vías, expresan: “los cartoneros son trabajadores y su función, la de ser el primer eslabón en la cadena de reciclado de basura, tiene importantes consecuencias económicas y ecológicas que redundan en beneficios para todos” (*Periódico QSVT* N° 3, 2004: 3).

El 9 de abril de 2003, varias de estas asambleas barriales participaron junto a un grupo de cartoneros de una Audiencia Pública en la Legislatura, con el objeto de debatir los contratos sobre recolección de residuos en la Ciudad de Buenos Aires, logrando parar un proyecto que aspiraba a restringir la actividad de los cartoneros en los barrios capitalinos. Actualmente son las respectivas *Comisiones de acción social* de las asambleas las que dinamizan el vínculo con los cartoneros²⁷. Esto ha traído aparejado un debate al interior de la propia organización vecinal, en la medida en que muchas perciben que el compromiso de la asamblea es escaso con relación a esta problemática.

Con respecto a los **movimientos piqueteros**, la relación desde un comienzo ha sido muy fluida, plasmada en la famosa consigna “piquete y cacerola, la lucha es una sola”. Podemos mencionar el recibimiento por parte de los vecinos nucleados en la asamblea popular de Liniers realizado a los hombres y mujeres integrantes de la Corriente Clasista y Combativa (CCC) y la Federación de Tierra y Vivienda (FTV), como uno de los puntos más álgidos del encuentro entre ambos sectores. En esta ocasión, más de 200 personas prepararon en Rivadavia y José León Suarez una calurosa bienvenida a los miles de trabajadores desocupados que ingresaban a la ciudad de Buenos Aires, en el marco de una marcha originada en el partido bonaerense de La Matanza. Esto, de acuerdo al comentario de un miembro de la asamblea entrevistado, fue una verdadera “fiesta de confraternidad”, ya que “antes, en todas las marchas que hacían los desocupados, los comerciantes de Liniers cerraban las persianas automáticamente. Pero por un trabajo que se hizo en el barrio, por primera vez se mantuvieron las persianas abiertas”.

Asimismo, es para destacar el hecho de que varias comisiones de desocupados de asambleas hayan devenido, con el tiempo, espacios autónomos con una dinámica de construcción propia y diferenciada: de las prácticas desplegadas por parte de la asamblea de San Telmo surgió a mediados de 2002 el núcleo embrionario del Movimiento de Trabajadores Desocupados de San Telmo; de la de Juan B. Justo y Corrientes y parte de la de Villa Crespo, el MTD de Villa Crespo; de la de Parque Lezama, un importante sector de lo que luego constituiría el Polo Obrero de San Telmo y La Boca; y de la del barrio de Floresta, el MTD “1 de mayo”.

En otras ocasiones, el reparto de bolsones de comida por parte de asambleas generó un vínculo cercano al asistencialismo con vecinos en condiciones de pobreza extrema, tornando problemático el trabajo territorial en el barrio. El resto de las asambleas, si bien no descartan prácticas en común con ningún grupo, en grado cada vez mayor han ido priorizando el vínculo y la solidaridad con los MTD's integrantes de la Coordinadora Anibal Verón, debido a su mayor grado de mutua

afinidad, por su carácter “autónomo”. De hecho, alrededor de veinte de ellas han conformado un espacio de reunión mensual denominado *Ronda de Pensamiento Autónomo*, que si bien comenzó realizándose en la fábrica Grissinópolis, al poco tiempo se trasladó a Roca Negra, un predio cedido por las Madres de Plaza de Mayo a los MTD's de Solano, Almirante Brown y Lanús, ubicado en el barrio de Monte Chingolo²⁸.

A su vez, con relación a las **empresas “recuperadas”** (gestionadas, bajo diversas modalidades, *sin patrón*), nuevamente podemos referirnos a la asamblea de Colegiales, Chacarita y Villa Ortúzar, que ha apoyado desde el comienzo la lucha de los obreros de Grissinópolis (fábrica de grissines rebautizada por ellos como Cooperativa “Nueva Esperanza”), brindando cobertura social a sus actividades políticas y culturales. La asamblea de Pompeya, asimismo, realizó numerosas acciones en pos del fortalecimiento de las prácticas autogestivas defendidas por la imprenta Chilavert, que incluyen la apertura de un Centro Cultural en sus instalaciones. La asamblea de Lacarra y Directorio, por su parte, si bien no tiene una cercanía geográfica con la fábrica metalúrgica IMPA (gestionada por sus trabajadores desde 1998), ha tendido con ella (y en un plano más general con el Movimiento Nacional de Empresas Recuperadas) redes de solidaridades, así como planificación de prácticas en común, llegando inclusive a pensar en la presentación de una lista unificada para la elecciones de la Ciudad de Buenos Aires. También la asamblea de San Cristóbal, y la de San Juan y Boedo, han hecho lo propio con las trabajadoras de la empresa textil Brukman, lográndose generar inclusive un espacio de coordinación entre asambleas -que funcionó durante varios meses todos los miércoles a las 19 horas- en la plaza donde estaba ubicada la *carpa del aguante*, instalada a metros de la fábrica, como repudio al violento desalojo sufrido por parte de las fuerzas policiales. La organización del “maquinazo” el 30 de mayo frente a la Jefatura de Gobierno de la Ciudad, el “mesazo” del 13 de junio en el microcentro para juntar firmas, y otras actividades de menor envergadura, contaron con la iniciativa y la participación activa de numerosas asambleas de Capital Federal y Gran Buenos Aires. Por último, el Hotel Bauen, ubicado en pleno centro porteño, contó desde los primeros días con “guardias” rotativas brindadas por numerosas asambleas, y hoy se ha convertido en un ámbito de confluencia y hermandad de estos sectores en lucha.

Los espacios recuperados

La dinámica de constante deliberación y acción callejera antes descripta, fue generando en muchas asambleas una *bifurcación* en su trayectoria que dio comienzo a un proceso propio de ocupación de predios abandonados, con el objeto de recuperarlos para su uso público. Este derrotero estuvo acompañado en algunos casos por un abandono de las esquinas y plazas como ámbito de reunión, trasladando las asambleas a lugares públicos pero cerrados; y, en tal sentido, los ámbitos ocupados fueron un espacio privilegiado para esos encuentros (Quintar et al, 2003). La noción de lo “público no estatal” cobró en estas ocasiones una relevancia sustancial a los efectos de caracterizar el tipo de densidad asociativa que se pretendía construir territorialmente.

Su función comunitaria fue variando de acuerdo al tipo de lugar “recuperado”, pero en todos los casos implicó un sinuoso tránsito desde dispositivos asamblearios de debate colectivo a la búsqueda de concreción de formas de *gestión* popular solidaria, a través de la implementación de comedores para sectores pauperizados, emprendimientos de trabajo cooperativo, ferias artesanales, salas de asistencia médica y centros culturales, que inauguraron nuevas prácticas políticas, no exentas de tensiones.

La ocupación de predios y espacios públicos por parte de diversas asambleas barriales fue una de las actividades más originales y pujantes realizadas desde este movimiento. El primer espacio fue un ex Banco Mayo ubicado en las inmediaciones de Parque Avellaneda. Al poco tiempo, el sábado 16 de febrero, la asamblea de Vecinos Autoconvocados de Villa Urquiza recuperó para el barrio, con el objetivo de convertirlo en una Plaza Pública, el predio que Supermercados Coto había usurpado “ilegítimamente”. De acuerdo a los vecinos, “mediante una dudosa concesión por 20 años, la empresa pretendía asegurar la posesión de espacio sin contemplar los intereses del barrio” (Periódico de la Asamblea de Villa Urquiza, 2002). Semanas más tarde, varias asambleas avanzaron en un mismo sentido tomando espacios en sus respectivos barrios sumidos en el abandono y la suciedad, para convertirlos en ámbitos de experimentación colectiva²⁹.

Según relatan varios asambleístas que participaron en tomas de espacios, ha sido una constante en cada uno de los casos el hecho de que los meses posteriores a la apropiación del edificio estuvieron surcados por las lógicas contingencias vinculadas a cómo garantizar en el tiempo la *toma* del local (Svampa, 2002c: 54). Esto, la mayoría de la veces, tendió a desgastar a los integrantes de la asamblea, en la medida en que, tal como testimonian numerosos vecinos, muchas de sus prácticas “estaban supeditadas a ese objetivo prioritario”.

El balance provisorio brinda resultados disímiles: mientras que en unos pocos casos la ocupación de edificios generó una especie de implosión y quiebre al interior de la asamblea vecinal (tal es el caso de la frustrada experiencia del predio recuperado por la asamblea de Villa Crespo), en otros brindó un espacio para la expansión de múltiples actividades comunitarias de vinculación con el barrio (v.g. asamblea Popular del Cid Campeador y *La Alameda* de Lacarra y Directorio), potenciando -y hasta desbordando- la práctica territorial de los propios asambleístas.

A pesar de que en un comienzo no sufrieron grandes amedrentamientos judiciales, varios de los predios recuperados han sido desalojados a lo largo del 2003, en el contexto de ofensiva enmarcado en acciones similares sufridas por los habitantes del Patronato de la Infancia (edificio público en desuso ocupado por decenas de familias “sin techo”), integrantes del MTD de San Telmo, artistas del Centro Cultural Tierras del Sur y del Circo Trivenchi, y trabajadores de las fábricas Sasetru, Zanón y Brukman. Así es como la asamblea vecinal de Boedo fue obligada a desalojar el local lindero a la Autopista en el cual, además de realizar

actividades culturales y educativas, funcionaba un merendero. También la asamblea de Lezama Sur perdió el edificio del ex Banco Mayo, ubicado en la calle Suarez 1244, luego de un impresionante operativo policial que desplegó más de 50 agentes. La asamblea de Haedo, en provincia de Buenos Aires, padeció meses más tarde un desalojo similar, y todo parece indicar que en el corto plazo varios espacios más se encuentran amenazados por la misma problemática³⁰. El caso más emblemático ha sido el de la asamblea popular “20 de diciembre” de Parque Avellaneda: luego de sufrir un desalojo, los vecinos lograron recuperar el predio, y se encuentran a la espera de la sanción de una ley de expropiación por parte de la Legislatura de la Ciudad de Buenos Aires.

Es por ello que la adquisición de predios recientemente por parte de asambleas tiene un carácter menos confrontativo, y se vincula más a la negociación con el Gobierno de la Ciudad, o bien al esfuerzo y aporte solidario de los propios vecinos. Así, desde hace unos meses la asamblea de J. B. Justo y Corrientes obtuvo un permiso municipal para usufructuar un local ubicado en Humboldt y Corrientes, mientras que la asamblea popular de Liniers optó por alquilar uno en Cosquín al 500, a metros de donde realizan su reunión habitual.

Los socio-emprendimientos y la construcción de una “economía solidaria”

Una de las actividades que más se ha extendido en los últimos dos años en varios barrios capitalinos es la consolidación de socio-emprendimientos (diferenciados en la mayoría de las veces de los micro-emprendimientos, asociados a los proyectos que tienden a ser financiados por las ONG’s y el Estado), que apuestan a una “producción libre de explotación”, en base a un “precio justo” y un “consumo responsable”, según los comentarios de varios asambleístas consultados. La experiencia de mayor envergadura es la impulsada por los integrantes de la asamblea de Núñez-Saavedra, quienes teniendo como punto de partida un emprendimiento llamado “La bolsa y la vida” (anclado en las tradicionales compras comunitarias), avanzaron en la constitución de una red cooperativa de distribución de productos generados por el Movimiento Campesino de Santiago de Estero, el Movimiento Agrario Misionero, quinteros del Gran Buenos Aires, fábricas recuperadas, y emprendimientos realizados por varias comisiones vecinales. Procurando el encuentro de consumidores dispuestos a optar por artículos elaborados de forma alternativa, la cooperativa apuesta a que éstos tengan un precio “en el que se cristaliza una relación que trasciende la compra-venta y supone un intercambio social donde lo determinante es el valor del trabajo incorporado” (volante de La Asamblearia, octubre 2003).

También merece destacarse la fabricación de artículos de limpieza por parte de la asamblea “Gastón Riva” de Caballito, la elaboración de papel reciclado por miembros de la asamblea de Villa del Parque, las artesanías y títeres en cartapesta realizados por la asamblea de Scalabrini Ortiz y Córdoba, las bolsas de residuos generadas por los vecinos de Pompeya, así como el taller de reciclado de computadoras del Espacio de Proyectos de Parque Patricios, la fabricación de pañales por la asamblea de Boedo, de producción de alpargatas por parte de la de

Plaza Palermo Viejo, de fideos artesanales en la de Colegiales, y las ferias de productos comunitarios armadas por la asamblea de Angel Gallardo y Corrientes en su tradicional esquina, y por la de Palermo Viejo en un enorme predio recuperado en la calle Bompland, en donde funcionaron durante meses más de cien puestos de exhibición e intercambio. De acuerdo a un proyecto diseñado por los integrantes de esta asamblea, la “economía solidaria” es una apuesta a “resignificar el intercambio económico a partir de nuevas relaciones entre los ámbitos de la producción, la circulación y el consumo”, fortaleciendo “todo el movimiento de autogestión social y de formas colectivas de gestión de lo público” (Palermo Viejo, 2003).

Por su parte, Lucio, de la asamblea de Núñez-Saavedra, reconoce que este sector o “subsistema de economía alternativa”, al menos por el momento “necesariamente va a tener que manejarse dentro de un contexto capitalista”. Sin embargo, agrega que la de ellos constituye “una forma de producir, distribuir y consumir que rechaza el lucro y pone el acento en la forma de decisión igualitaria y democrática”. Más allá de las posibles limitaciones, consideramos que este tipo de prácticas, muchas de ellas todavía embrionarias, apuestan a reinventar un universo de *comunidades político-laborales* compuesto no meramente de “ciudadanos”, sino de cooperantes voluntarios que (re)construyen vínculos y tejidos sociales, así como bienes públicos, y capaces de contrarrestar el poder privatista del capital, sin delegar ese cuidado en funcionarios profesionales.

Las instancias de coordinación entre Asambleas

La conformación de la *Asamblea Interbarrial* -cuya primer reunión data del 13 de enero de 2002 en el Parque Centenario- apareció, al menos en sus comienzos, como un emergente de *coordinación* entre las más de treinta asambleas que venían funcionando desde el mes de diciembre en Capital Federal y, en menor medida, el Conurbano bonaerense³¹. Su función primordial era potenciar los reclamos de los vecinos de la ciudad y, a la vez, crear un espacio en donde puedan discutirse objetivos comunes. Si bien durante los primeros meses mantuvo su heterogénea masividad (con una concurrencia semanal fluctuante de entre mil y cuatro mil personas), poco a poco su rol se fue desvirtuando, deviniendo una arena de resolución de los conflictos y mezquindades de los partidos políticos y organizaciones de izquierda más sectarias. Esto fue percibido por numerosas asambleas, que optaron por generar instancias intermedias de articulación entre ellas mismas, en función de la cercanía geográfica y la filiación barrial. Así es como han ido emergiendo las *Interzonales* y las *Mesas de Enlace*, conformadas por alrededor de una decena de asambleas, aunque su número varía según sea el caso. Estos espacios, si bien hicieron menguar el nivel de intervención de los vecinos en la Interbarrial de Parque Centenario, instaron a la vez a un profundo debate acerca de las modalidades de deliberación en éste último ámbito. Como consecuencia, finalmente se decidió modificar la dinámica de participación en la Interbarrial, restringiendo la votación resolutoria a un delegado rotativo con mandato por asamblea barrial³². No obstante, en un primer momento logró aglutinar a un gran número de asambleas de Buenos Aires, a punto tal que el 17

de marzo de 2002 se llevó a cabo la primera *Asamblea Nacional Interbarrial*, reuniendo a alrededor de 150 asambleas de todo el país en la zona de Parque Centenario. Meses más tarde, se intentaría repetir la experiencia con la segunda *Asamblea Nacional*, aunque en un contexto ya de reflujó general de este movimiento en el país³³.

Otro ámbito de articulación asamblearia fue el llamado *Espacio de Colombres*. La denominación alude a la calle donde se encuentra ubicado el Centro Cultural creado por ex empleados del Banco Mayo, y que es utilizado por numerosas organizaciones sociales y políticas para la realización de reuniones y encuentros en común. En este caso, su surgimiento se vincula con algunos partidos -el Partido Obrero, el Movimiento Socialista de los Trabajadores y el Partido Comunista- que explicitaron al interior de las asambleas barriales la necesidad de configurar una instancia en la cual confluyan movimientos de tipo social con organizaciones “estrictamente políticas”.

La Asamblea Interzonal de Salud o *Intersalud* nuclea, por su parte, a los referentes de las Comisiones de Salud que funcionan en cada una de las Asambleas barriales de Capital Federal y GBA. Constituida a partir del mes de marzo y abril de 2002 en función de la confluencia en la acción de dichas comisiones, según sus propias palabras, trata de “encargarse del problema cada vez mas agravado de la salud en la Ciudad y alrededores”. En tal sentido, visitan hospitales públicos, piden medicamentos a laboratorios, realizan eventos, se conectan con trabajadores de la salud y pacientes, participaron del Foro Social de Salud, y debaten medidas a tomar ante la inacción o complicidad de los responsables de esta situación. La Intersalud también ha elaborado un programa de 30 puntos a resolver en cuanto a la salud. Uno de sus logros mas importantes ha sido el proyecto de fábrica de pastas y panadería para el Hospital Borda, el cual con sólo \$ 20.000 que tiene que ceder el Gobierno de la Ciudad, puede alimentar y dar trabajo a los internos de ese hospital, del Moyano y del Tobar García, además de los comedores populares de los barrios de la Boca y Barracas. En su último Informe de Reunión del 23 de junio de 2003, han expresado en tono crítico que “la Intersalud no pretende ser el espacio líder en defensa de la salud y el hospital público y gratuito, sino aportar lo mejor que pueda a la lucha y buscando permanentemente la coordinación con otros espacios de luchadores tan válidos como el nuestro. En esa dirección venimos recomponiendo nuestro espacio con un criterio más abarcativo de contención y potenciación de las compañeras y compañeros. Como en su momento hemos acordado, la Intersalud no es solo un ámbito de asambleístas sino también de todos aquellos que en forma individual o de grupos estén comprometidos en la lucha contra estas políticas sanitarias, construyendo al mismo tiempo coordinación y unidad para ser más contundentes con nuestras iniciativas”.

También merece destacarse la *Comisión por el control y recuperación de los servicios y empresas públicas privatizadas*, surgida en el mes de febrero de 2002 en el seno de la Interbarrial de Parque Centenario. Tal como relata una asambleísta miembro entrevistada, la Comisión “se viene juntando desde hace

más de un año, más específicamente la primera reunión en Colombres fue el 7 de Mayo del 2002 (me acuerdo porque era el aniversario del nacimiento de Eva); desde ahí hubo reuniones todos los martes. Aparte también se hicieron encuentros para temas particulares. La idea de empezar a reunirse todas las asambleas surgió en Parque Centenario; después de que cada asamblea hablara, se nos ocurrió juntar a todas las que habían hablado de esto. Si bien nuestra asamblea había pensado en hacer algo al respecto, al poco tiempo nos empezamos a reunir con otros de la mesa de enlace³⁴.

La *Intertomas*, a su vez, se gestó como una necesidad por parte de aquellas asambleas que habían recuperado predios, ante las constantes intimidaciones judiciales que sufrían. Su actividad ha sido sumamente acotada, y en la actualidad ha dejado de reunirse. Teniendo como lema la consigna “si tocan a una, tocan a todas”, sirvió en un comienzo como espacio de socialización de prácticas de resistencia frente a la posibilidad de desalojo, o bien a la intención de tomar algún edificio público.

Piquete y Cacerola es un espacio que se generó a iniciativa de la Asamblea de Lezama y de asambleístas integrantes del Partido Obrero, en el marco de las sucesivas Asambleas Nacionales de Trabajadores Ocupados y Desocupados, convocadas en su mayor parte por el Bloque Piquetero Nacional, aunque con presencia de otros sectores sociales, sindicales y políticos. En él confluyen alrededor de diez asambleas que han tenido un rol más protagónico en la vinculación con el movimiento piquetero. En la actualidad ha menguado el nivel de participación de las asambleas barriales. De acuerdo con un vecino participante del espacio, esto fue producto en parte “del intento de algunas de ellas de hegemonizar su dirección”.

Por último, más recientemente, comenzó a funcionar el llamado *Encuentro de Asambleas Autónomas*, en tanto instancia aglutinante de aquellas asambleas que no se encuentran subordinadas a partidos políticos o instancias gubernamentales como los Centros de Gestión y Participación. Si bien la primer reunión tuvo lugar en el mes de enero de 2003 en el barrio de Villa Real, el antecedente inmediato que dio lugar a su conformación fue la *Primer Jornada Nacional de Intercambio de Experiencias de Asambleas* realizada el 7 de septiembre de 2002 en Villa Elisa (La Plata), que contó con la presencia de miembros de 19 asambleas. Cada encuentro general se realiza una vez por mes, de manera rotativa, por lo general en predios recuperados. Allí, en una primera etapa se debate en Comisiones (Política Institucional, Trabajo y Economía Solidaria, Salud, Cartoneros, Justicia, Medios Alternativos, Empresas Privatizadas, Cultura y Vivienda), para luego realizar una puesta en común, dando lugar a un Plenario en donde se discuten las acciones centrales a desarrollar, por parte del movimiento asambleario, en las próximas semanas. En la actualidad, están participando en este ámbito buena parte de las asambleas de Capital y Gran Buenos Aires, con la salvedad de que la mayoría de quienes asisten no lo hacen con “mandato”.

En medio de una delicada vorágine, cruzada por intentos de cooptación por parte

de ciertos nucleamientos de izquierda, y amenazas o represiones realizadas por patotas del Partido Justicialista, ha resultado sin duda todo un logro que tras el supuesto repliegue generalizado que se vivió en los meses posteriores a la caída de De la Rúa se hayan mantenido incólume buena parte de las asambleas vecinales y sus ámbitos de coordinación, consolidando cada una de las prácticas horizontales y democráticas que las caracterizan, en el propio territorio del barrio. Más aún teniendo en cuenta que los espacios que se vienen ensayando últimamente -no sólo entre asambleas sino también con respecto a otras organizaciones- tienden a sepultar los vicios y mezquindades vanguardistas que en un comienzo atravesaban instancias como la de Parque Centenario o Colombres.

Hoy en día los mejores ejemplos de ello son, además del mencionado *Encuentro de Asambleas Autónomas*, las *Rondas de Pensamiento Autónomo*. En ambos casos, más allá de ciertos límites y tensiones, se busca generar un diálogo entre prácticas y saberes sociales, multiplicando los ámbitos informales y deliberativos ajenos a la representación delegativa. Estas y otras instancias de *composición* no implican, sin embargo, una apuesta en pos de que la desobediencia disruptiva se concentre en un solo punto que opere como antesala de una futura mayoría gubernamental. Lo más fructífero no parecen ser los “plenarios” fogoneados por los pocos integrantes de partidos de izquierda que aún pululan por las asambleas, sino los bordes que se tejen de manera subterránea en estas redes, socializando experiencias e iniciativas varias, distanciadas tanto de la acción espectacular como del autismo político insular.

A modo de conclusión: las asambleas barriales como laboratorios de experimentación

Revistadas las principales dimensiones que caracterizan a la asambleas barriales, podemos expresar que la multiplicidad de emprendimientos, acciones y espacios de coordinación llevados a cabo por las asambleas les han permitido conquistar una legitimidad social considerable en la población, que ya no ancla en la práctica mediática que al inicio reificaban muchas de ellas a través de desgastantes movilizaciones hacia la Casa Rosada, supuesto emblema del “poder”. Numerosos vecinos que quizás no participan más, físicamente, de la asamblea de su barrio, mantienen todavía una vinculación permanente con ella a través de variadas redes de intercambio y apoyo, que exceden en demasía a la propia reunión semanal. A tal punto esto es así que, en varias ocasiones, ocurre que el arraigo territorial de la asamblea es inversamente proporcional a la cantidad de miembros que la componen. De ser cientos de vecinos vociferando de manera caótica en esquinas y plazas, hoy han quedado -luego de sucesivos tamices- comprometidos activistas que pueden ser vistos como *sedimentos* del 19 y 20 de diciembre de 2001, materializados en prácticas cooperantes, periódicos alternativos, bibliotecas y ollas populares, comisiones de trabajadores desocupados, talleres de serigrafía, de salud reproductiva y de autoempleo, merenderos, grupos de arte callejero, y un conjunto más de actividades colectivas que conforman un espacio “público no estatal”, allí donde antes existían bancos quebrados, predios abandonados,

terrenos baldíos, espacios privatizados o lazos de solidaridad rotos. En esta edificación, medios y fines instituyen una reciprocidad inmanente.

En la actualidad, varios son los interrogantes que atraviesan a las asambleas: cómo articular lo estrictamente barrial con las luchas nacionales, regionales y hasta mundiales que se desenvuelvan a diario de forma dramática, o cuáles deben ser los criterios que fomenten la conformación de nuevas relaciones sociales *duraderas* y sustraídas a la lógica de la dominación estatal, sin perder la creatividad exploratoria que constituye la columna vertebral del movimiento. Las respuestas, por supuesto, no son meramente teóricas, sino un producto de la praxis que se va delineando en el propio andar. De ahí que “Caja de Pandora” sea quizás la metáfora más correcta para caracterizar el destino de las asambleas barriales, en la medida en que su forma de construcción supone una apuesta sin garantías. Por eso, si bien podemos expresar que las asambleas han sido y son un complejo espacio “público no estatal” en el cual se combinan, de manera desigual, las diversas dimensiones constitutivas enunciadas a lo largo de este artículo, desde su inicio mismo esta instancia estuvo atravesada por diferentes tensiones y ambivalencias, cuya persistencia y cristalización ponían en riesgo, según Svampa (2002b), esa misma dinámica inaugural.

Cierto es que algunas asambleas han desaparecido, otras sufrieron divisiones, y muchas han mutado o bien sobreviven al calor de la intemperie y la fragmentación, con unos pocos vecinos que a fuerza de pulmón y alegría batallan contra la soberbia del poder. No obstante, luego de sucesivas marchas, represiones, rupturas, abandonos y frustraciones, siguen aventurándose a construir una nueva manera de hacer política, anclada en una temporalidad opuesta a la electoral. La cuestión es saber si, como vecinos de la ciudad, estamos dispuestos a ejercer prácticas de in(ter)vención desde su núcleo vivencial, para que -tal como añoraban los surrealistas del siglo pasado- nuestros sueños *conmuevan* la realidad.

Apéndice

Un excursus: notas interpretativas sobre la consigna “¡que se vayan todos!”

Sin duda alguna, la consigna *política* que aglutinó desde el comienzo a las asambleas barriales fue el “¡que se vayan todos!”. Las interpretaciones en torno a su significado han sido, desde ya, múltiples. No es nuestra intención reproducir en este apartado cada una de ellas, sino más bien dar cuenta de las tensiones discursivas, así como de las potencialidades que la frase encierra. Repetida hasta el hartazgo, ella podría implicar -desde una lectura inmediateista y literal- el suponer que el problema político crucial se reduce a un cambio de autoridades al interior del aparato estatal (sintetizada en la apelación a la “caducidad de todos los mandatos”), sin realizar en paralelo una crítica radical al mismo, conteniendo por tanto el peligro potencial de caer en una concepción instrumentalista del Estado. Una vez “saneado”, éste asumiría un carácter neutro, permitiendo que los nuevos *representantes* llenen de contenido anticapitalista dichas estructuras. Este discurso subyace en forma explícita en agrupaciones como la Central de los

Trabajadores Argentinos (CTA), pero empapa también a varios de los partidos de izquierda que participan activamente al interior de las asambleas³⁵.

Sin embargo, si bien no desmerecemos esta interpretación (esencialmente como posibilidad cierta), desde otro ángulo podríamos aventurar que el sintagma más bien contiene un aporte fundamental a la construcción de una alternativa total a la escisión entre dirigentes y dirigidos. Tal como postula Fernández et al (2002: 73), el mismo no opera tanto a modo de propuesta programática, sino que confronta con la política pensada en términos de lo posible, poniendo en evidencia la radicalidad de aquello que habrá que inventar colectivamente. Por ello, lo importante no estribaría en la literalidad inocente de la frase, sino “en el vacío que deja cuando reclama aquello que no es posible”, demandando la ineludible invención de lo por-venir. Asimismo, configura una universalidad que no busca tanto englobar como *atravesar* a las diversas identidades presentes durante las jornadas del 19 y 20 de diciembre de 2001, abriendo “una zona de creación y disputa política acerca del sentido de la misma en la que puede participar cualquiera” (Cerdeiras, 2002: 63)

Podemos postular que el enunciado sintetiza además algo que para el marxismo tradicional resulta una piedra en el zapato: el que se vayan todos es por definición anti-vanguardista³⁶. La *negatividad* -paradójicamente positiva- y el quiebre con respecto al orden existente es el motor político de las asambleas. Más allá de ellas no hay casi nada, salvo las nuevas e inestables relaciones humanas sobre las que se solventan. En este sentido, Walter, de la asamblea de Colegiales, Chacarita y Villa Ortuzar, expresa que el slogan ¡QSVT! si bien “nació antes de definirse, resume la catarsis del ‘ya no aguanto más’” (*Boletín* N° 3, 25/03/02).

Es posible entonces afirmar que más que una crisis de *representantes*, lo que existe en Argentina desde hace años, y terminó por consolidarse el 19 y 20 de diciembre de 2001, es una radical crisis de *representación*³⁷, en el sentido etimológico del término: en Grecia, originariamente estaba ligado a la actuación (praxis) del prot-agon que asumía una forma de lucha o combate histórico. En efecto, durante aquella dramaturgia urbana acontecida en un verano tan intenso como caluroso, se impugnó toda una serie de modalidades tradicionales de pensar y hacer política. La precondition para “que venga lo que nunca ha sido”, es despojarnos del ropaje de espectadores, (re)apropiándonos creativamente de ese escenario público cuyo tizón aún se mantiene encendido. De lo contrario, tal como profetizaba Marx, la tragedia se repetirá indefectiblemente como farsa.

Bibliografía

- Adamovsky, Ezequiel 2002 “Imágenes de la nueva y de la vieja izquierda” en *Revista El Rodaballo* (Buenos Aires) N° 14.
- Altamira, Jorge 2002 *El Argentinazo. El presente como historia* (Buenos Aires: Ediciones Rumbos)
- Asamblea de Angel Gallardo y Corrientes 2002 *Olla Popular: ¿Quiénes y por qué*

la hacemos? (Buenos Aires).

Asamblea de Chacarita, Colegiales y Villa Ortuzo 2002 *Boletín* (Buenos Aires) N° 3, 25 de marzo.

Asamblea de Palermo Viejo 2003 *Proyecto de Economía Solidaria. Aportes preliminares* (Buenos Aires).

Asamblea de Scalabrini Ortiz y Córdoba 2002 *Boletín* (Buenos Aires) N° 3, s/f.

Asamblea Plaza Palermo Viejo 2002 *Boletín* (Buenos Aires) N° 1, s/f.

Boron, Atilio 2000 “Los nuevos leviatanes y la polis democrática” en *Tras el Buho de Minerva. Mercado contra democracia en el capitalismo de fin de siglo* (Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica).

Bresser Pereira, Luiz Carlos y Cunill Grau, Nuria 1998 “Entre el Estado y el mercado: lo público no estatal” en Bresser Pereira y Cunill Grau (comp.) *Lo público no estatal en la Reforma del Estado* (Buenos Aires: CLAD).

Camarasa, Jorge 2002 *Días de furia. Historia oculta de la Argentina desde la caída de De la Rúa hasta la asunción de Duhalde* (Buenos Aires: Editorial Sudamericana).

Cardoso, Ruth 1997 “Fortalecimiento da Sociedad Civil” en Berg, Evelyn (editora) *Tercer Setor-Desenvolvimento Social Sustentado* (San Pablo: Editora Paz e Terra).

Ceceña, Ana Esther 2000 “Revuelta y territorialidad” en *Actuel Marx, América Latina, los nuevos actores sociales* (Buenos Aires: Kohen & Asociados Internacional).

Cerdeiras, Raúl 2002 “La política que viene” en *Acontecimiento. Revista para pensar la política* (Buenos Aires) N° 23.

Cotarelo, María Celia 2002 “Un punto de inflexión en las luchas populares: la insurrección espontánea de diciembre de 2001” en *Revista Herramienta* (Buenos Aires) N° 19.

Colectivo Situaciones 2001 *MTD - Solano* (Buenos Aires: Ediciones de Mano en Mano).

Colectivo Situaciones 2002 *19 y 20. Apuntes para un nuevo protagonismo social* (Buenos Aires: Ediciones de Mano en Mano).

Cunill Grau, Nuria 1997 *Repensando lo público a través de la sociedad: nuevas formas de gestión pública y representación social* (Caracas: Editorial Nueva Sociedad).

De Lucía, Omar Daniel 2002 “La revuelta de diciembre: hipótesis y perspectivas” en *Revista Herramienta* (Buenos Aires) N° 19.

Diario *Clarín* 2001 (Buenos Aires) 16 de octubre.

Diario *La Nación* 2002 (Buenos Aires) 14 de febrero.

Diario *Página/12* 2002 (Buenos Aires) 22 de febrero.

Fernandes, Rubem 1994 *Privado porém público: o terceiro setor no América Latina* (Río de Janeiro: Relume Dumará).

Fernández, Ana et al 2002 “Una apuesta colectiva al borde del abismo. El mar en un botella” en *Revista Cuadernos del Sur* (Buenos Aires) N° 34.

Fernández, Ana 2002 “La lógica situacional de las asambleas: los juguetes rabiosos de los barrios” en *Revista Campo Grupal* (Buenos Aires) N° 40.

Fernández, Ana et al 2003 “Las asambleas y sus relaciones. Espacios colectivos de acción directa” en *Revista Campo Grupal* (Buenos Aires) N° 44.

García Delgado, Daniel y Silva, Juan 1989 “El movimiento vecinal y la democracia: participación y control en el Gran Buenos Aires” en Jelin, Elizabeth (comp.) *Los nuevos movimientos sociales* (Buenos Aires: Centro Editor de América Latina)

Genro, Tarso 2000 “Los espacios públicos no estatales” en *Reinventar el futuro. Democracia y socialismo en la era de la globalización* (Barcelona: Ediciones del Serbal).

Gonzalez Bombal, Inés 1989 “Protestan los barrios (El murmullo suburbano de la política)”, en Jelin, Elizabeth (comp.) *Los nuevos movimientos sociales* (Buenos Aires: Centro Editor de América Latina)

Gonzalez Bombal, Inés 1995 “¿Entre el Estado y el mercado?. ONG’s y sociedad civil en la Argentina” en Thompson, Andrés (comp.) *Público y privado. Las organizaciones sin fines de lucro en Argentina* (Buenos Aires: Editorial Losada).

Gramsci, Antonio 1998 (1977) *Escritos políticos* (Buenos Aires: Editorial Siglo XXI).

Guerrero, Emilio 2002 “Emergencia y desafíos de las asambleas barriales” en *Revista Herramienta* (Buenos Aires) N° 19.

Harnecker, Marta 1987 *Enemigos, Aliados y Frente Político* (El Salvador: Ediciones Venceremos).

Hirsch, Joachim 2001 *El Estado Nacional de Competencia. Estado, democracia y política en el capitalismo global* (México: Universidad Autónoma Metropolitana).

Intersalud 2002-2003 “Informes de la Comisión” (Buenos Aires: s/e).

Jelin, Elizabeth 1987 “Movimientos sociales y consolidación democrática en la Argentina actual” en Jelin, Elizabeth (comp.) *Movimientos sociales y democracia emergente* (Buenos Aires: Centro Editor de América Latina).

Kohen, Beatriz 1998 “Poder Ciudadano y las acciones de interés público. Un ejemplo de control desde la sociedad civil: el programa de participación y fiscalización ciudadana en Argentina” en Bresser Pereira y Cunill Grau (comp.) *Lo público no estatal en la Reforma del Estado* (Buenos Aires: CLAD).

MTD-CTD Anibal Verón 2000 *Trabajo, dignidad y cambio social* (Buenos Aires: s/e).

Nardacchione, Gabriel 2000 “La influencia de las nociones de servicio y vecino para la redefinición de las organizaciones sociales en su relación con el Estado municipal” en Oszlak, Oscar (comp.) *Estado y Sociedad: las nuevas reglas de juego Vol. 2* (Buenos Aires: Eudeba).

Negri, Antonio 1994 *El poder constituyente* (Madrid: Libertarias).

Negri, Antonio 2001 “Contrapoder” en VV.AA. *Contrapoder. Una introducción* (Buenos Aires: Ediciones De mano en mano).

Oszlak, Oscar 1997 “Estado y Sociedad: ¿nuevas reglas de juego?” en *Revista Reforma y Democracia* (Caracas) N° 9.

Ouviña, Hernán 2001 “Cuando se apaga la luz...se enciende la protesta. Crónica de una noche eterna anunciada” (Buenos Aires: mimeo).

Ouviña, Hernán 2002a “¿Minimización o metamorfosis del Estado? Las transformaciones de la última década en el aparato estatal argentino” en Bonnet, Alberto, Galafassi, Guido y Zarrilli, Adrián (comp.) *Modernización y crisis. Transformaciones sociales y reestructuración capitalista en la Argentina del siglo XX* (Buenos Aires: Universidad Nacional de Quilmes).

Ouviña, Hernán 2002b “Las asambleas barriales: apuntes a modo de hipótesis de

trabajo”, en *Bajo el Volcán* (Puebla: Benemérita Universidad Autónoma de Puebla) N° 5.

Ouviña, Hernán 2002c “El Estado: su abordaje desde una perspectiva teórica e histórica”, en Lifszyc, Sara (comp.) *Introducción al conocimiento de la Sociedad y el Estado* (Buenos Aires: Gran Aldea Editores)

Perazzi, Pablo 2002 “Radiografía de los MTD’s. Un enfoque antropológico” en *Revista Cuadernos del Sur* (Buenos Aires) N° 34.

Pereyra, Daniel 2003 *Argentina rebelde. Crónicas y enseñanza de la revuelta social* (Madrid: El Viejo Topo).

Periódico Asamblea de Villa Urquiza 2002 (Buenos Aires) N° 1.

Periódico QSVT 2004 (Buenos Aires: Comisión de Prensa y Comunicación del Plenario de Asambleas Autónomas) N° 3.

Prensa Obrera 2002 (Buenos Aires) N° 770 y 809.

Quintar, Aida et al 2003 “De las asociaciones locales a las asambleas vecinales: ensayando nuevas modalidades de prácticas políticas”, *Informe final de Investigación* (Buenos Aires: Universidad Nacional de Gral. Sarmiento).

Sanmartino, Jorge y Romano, Manolo 2002 “Crisis de dominio burgués: reforma o revolución en Argentina” en *Revista Estrategia Internacional* (Buenos Aires) N° 18.

Svampa, Maristella et al 2002 “El análisis de la dinámica asamblearia: las asambleas de Villa Crespo y Palermo” en *Movimientos Sociales en la Argentina de hoy. Piquetes y Asambleas* (Buenos Aires: CEDES).

Svampa, Maristella 2002a “Las dimensiones de las nuevas protestas sociales” en *El Rodaballo* (Buenos Aires) N° 14.

Svampa, Maristella 2002b “Las dimensiones de las nuevas movilizaciones sociales: las asambleas barriales” en *Revista El Ojo Mocho* (Buenos Aires) N° 17.

Telles, Vera 1994 “Sociedade civil e os caminhos (incertos) da cidadanía”, mimeo (San Pablo: Universidad de San Pablo).

Thompson, Andrés 1995 “Beneficencia, filantropía y justicia social. El ‘tercer sector’ en la historia argentina” en Thompson, Andrés (comp.) *Público y privado. Las organizaciones sin fines de lucro en la Argentina* (Buenos Aires: Editorial Losada)

Thwaites Rey, Mabel 2001 *Privatizaciones y reforma del Estado en la Argentina* (Buenos Aires: Tesis doctoral).

Virno, Paolo 2003 *Gramática de la multitud. Para un análisis de las formas de vida contemporáneas* (Buenos Aires: Editorial Colihue).

VV.AA. 2002 *Qué son las Asambleas populares* (Buenos Aires: Peña Lillo Editor).

Zilocchi, Gustavo 1998 “Autogestión social de obras y servicios públicos locales. Lo ‘público no estatal’ a partir de un estudio de caso en la ciudad de Córdoba” en Bresser Bresser Pereira, Luiz Carlos y Cunill Grau, Nuria (comp.) *Lo público no estatal en la Reforma del Estado* (Buenos Aires: CLAD).

Notas

* Licenciado en Ciencia Política, Universidad de Buenos Aires. Becario del Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas (CONICET) y docente de la Facultad de Ciencias Sociales de la Universidad de Buenos Aires. Miembro del Comité Editor de la *Revista Cuadernos del Sur*.

¹ Si bien teóricos como Bresser Pereira (1998) entienden que este tipo de instancias permitirían la “renovación del sistema político”, no es ésta la lectura que hacemos nosotros. Nuestra definición de lo “público no estatal” se emparenta más a la efectuada por Paolo Virno (2003: 70), quien lo concibe como *una comunidad política que tiende a subvertir las relaciones de producción capitalistas*.

² Al parecer, no existen antecedentes a nivel mundial, al menos en las últimas décadas. En rigor, habría que remontarse a experiencias de *mayor* envergadura, como las realizadas por la Confederación Nacional del Trabajo en Cataluña y otras regiones del estado español, entre 1936 y 1939, así como a los soviets rusos de 1905/1917 y los consejos obreros alemanes, húngaros e italianos de 1919/1920. Salvando las diferencias, pueden rastrearse también ciertas similitudes en el breve pero intenso proceso de la Comuna de París, en marzo y abril de 1871. Asimismo, queda pendiente indagar en los parecidos con respecto a las llamadas “Asambleas Comunales”, surgidas en los Estados Unidos a mediados de la década de 1770.

³ En el resto de América Latina, dejando de lado las Asambleas Populares surgidas al calor de la insurrección de masas de 1952 en Bolivia, podemos enumerar una serie de organizaciones y movimientos barriales que nacieron durante las décadas del '70 y el '80, de la lucha por satisfacer necesidades concretas, “logrando articular los intereses *propios* frente al Estado” (Martha Harnecker, 1987: 120-123). Sin embargo, a diferencia de las asambleas vecinales argentinas, estas organizaciones están constituidas por pobladores en “situaciones de emergencia” que les imponen -en la mayoría de los casos- buscar soluciones de *corto plazo*. Los casos más recientes y similares son, por un lado, el de la Asamblea de Barrios constituida en 1987 en México y, por el otro, el de la Federación de Juntas Vecinales de la ciudad boliviana de El Alto, la cual si bien fue conformada en 1957, cobró suma relevancia en el contexto de la insurgencia aymara y popular de octubre de 2003, como red articuladora de *microgobiernos barriales*.

⁴ También podemos mencionar, por esta época, el surgimiento de las “unidades básicas” peronistas como nuevas organizaciones territoriales de raigambre popular, que en la práctica se superponen -dada su concepción comunitaria e integradora- con las entidades fomentistas ya existentes (García Delgado, 1989: 220).

⁵ Se podría afirmar que las prácticas constitutivas de estas organizaciones vecinales son lo más cercano a las de las actuales asambleas barriales, por cuanto toman “en sus manos la resolución de problemas ligados a la reproducción cotidiana de sus condiciones de vida (...) cuestionando en mayor o medida la presencia o ausencia del Estado” (Jelin, 1987: 22).

⁶ Somos conscientes de que, tal como expresa Ruth Cardoso (1997) si bien el concepto de *tercer sector* describe un espacio de participación y experimentación

de nuevos modos de pensar y hacer sobre la realidad social, “es un campo marcado por una irreductible diversidad de actores y formas de organización”. En el caso de las asambleas barriales, esto se vislumbra especialmente en la heterogeneidad generacional y social de sus miembros.

⁷ A modo de ejemplo, vale la pena señalar que esto resulta de particular importancia en la discusión actual sobre qué hacer con las empresas privatizadas. Si bien la mayoría de las organizaciones populares propone su “reestatización”, cabe pensar en formas alternativas de control social directo, sobre la base de la expansión de instancias democráticas de gestión colectiva. Este debate ha aparecido en las reuniones realizadas en el marco de la *Campaña de las Asambleas Vecinales por el Control y Recuperación de los servicios y empresas públicas privatizadas*, lanzada a mediados de 2002 por la Comisión de Privatizadas de la Interbarrial de Parque Centenario, con el objeto de recolectar firmas para la presentación de un “exigitorio” de cinco puntos referidos a los derechos de los usuarios de los servicios públicos.

⁸ Un caso paradigmático ha sido el de la asamblea de vecinos autoconvocados de Villa Urquiza, que en sus inicios se reunía en la Plaza Echeverría. Al enterarse de que el Supermercado Coto había *usurpado* unos terrenos baldíos cercanos a la estación de tren, decidieron derribar el alambrado y bautizar ese espacio como Plaza de los Vecinos, trasladando el lugar de encuentro de la asamblea. Desde ese entonces, se han realizado numerosas actividades allí (charlas-debates, festivales, etc.), e incluso se ha logrado también recuperar un local deshabitado -a cargo del Organo Administrador de Bienes del Estado- ubicado frente al predio, con el objetivo de instalar allí un comedor comunitario y un centro cultural. De manera similar, la asamblea “20 de diciembre” de San Telmo recuperó un predio ubicado en San Juan y Cochabamba, en donde actualmente funcionan un club del trueque, reuniones de organizaciones sociales, ferias ambulantes, y un sin fin de actividades más. Meses más tarde, la asamblea Popular de Paternal ha tomado un enorme lote municipal en Cucha Cucha al 2500, constituyendo allí un merendero, así como talleres de prevención de VIH y grupos de apoyo escolar. También las asambleas de Palermo Viejo, Almagro, Villa Crespo, Cid Campeador y Lezama se reapropiaron en sus respectivos barrios, con fines similares o complementarios (v.g. creación de huertas orgánicas, talleres de oficios para desocupados), de ex Bancos, oficinas estatales o centros de abastecimiento en desuso. Como veremos en el apartado del artículo referido a la experiencia de los predios “recuperados”, en algunos casos (Lezama Sur y Villa Crespo), luego de meses de trabajo territorial, han sido desalojados por orden de la justicia.

⁹ Es interesante, al respecto, reproducir lo que un asambleísta de la zona norte de Capital Federal escribió en un *mail* de comunicación inter-asamblearia: “a este nuevo espacio acuden los parecidos y los diferentes, los de siempre y los de ahora, los sensibles y los duros, los dogmáticos y los poetas, los simpáticos y los serios, los impacientes y los tranquilos y también los desesperados. A diferencia del *shopping*, en estos espacios tenemos relaciones con el semejante (en todos los sentidos de la palabra), y esto es quizás lo fundamental de la asamblea, porque es a partir del vínculo con el semejante que podremos construir una comunidad que resista al individualismo imperante.” (tomado de Quintar et al: 2003)

¹⁰ Tal como expresa la asamblea de Scalabrini Ortiz y Córdoba en su *Boletín* N ° 3, “nos dimos cuenta que no podemos salir de esta situación cada uno por la suya, que tenemos que hacer algo entre todos. Hemos dado el primer paso: romper el aislamiento”. La práctica política -según ellos- excede por demás a la tradicional lógica gubernamental: “queremos meter la nariz y las manos en lo que siempre nos dijeron que era prerrogativa de otros: de los especialistas, nuestros ‘representantes’, los políticos profesionales”

¹¹ Merece destacarse, sin duda, el papel jugado por la Comisión Multisectorial de la asamblea de San Cristóbal, en conjunción con el Hospital Ramos Mejía: trabajadores, pacientes, médicos y vecinos han decidido afrontar de manera colectiva la emergencia sanitaria que vive el barrio, reconociendo las autoridades el derecho de la comunidad a intervenir en la organización hospitalaria. En los últimos meses han abierto un consultorio gratuito para desocupados que atiende tres veces por semana, en paralelo a la elaboración de un vademécum de genéricos. No obstante, en la mayoría de los casos, los organismos estatales se muestran reticentes a llevar adelante el Programa de 26 Puntos levantado por la *Intersalud* -instancia representante del conjunto de las Comisiones de Salud de las Asambleas barriales-, entre los que se destacan la producción “desmercantilizada” de medicamentos, el control sobre los insumos y el presupuesto por parte de los usuarios y trabajadores de la salud, la instauración de un “boleto sanitario” que posibilite que el conjunto de la población pueda acceder realmente a una atención gratuita, así como el inmediato nombramiento de todos los cargos, congelados desde hace años en casi la totalidad de los Hospitales.

¹² De acuerdo a Ana Esther Ceceña (2000) el territorio “es espacio de síntesis de la disputa por la cultura y los derechos humanos, sociales y políticos de todos los miembros de la sociedad y no sólo de los ‘representantes institucionalizados’, y es el eje de una confrontación civilizatoria entre la mercantilización de la vida bajo todas sus formas que impulsa el neoliberalismo y la sociedad del respeto a la diferencia, con democracia, libertad y justicia, y en la que quepan todos los mundos”, adquiriendo además sentido y significación a partir de su relación con los procesos sociales. La organización social del territorio es, asimismo, “un espacio de confrontación en el que se cruzan modalidades y dimensiones distintas de acumulación de capital, así como concepciones societales de temporalidades y legalidades también distintas. Este privilegio semiótico de *lo territorial* -entendido como construcción social- le confiere un lugar metodológico esencial en la comprensión de las dinámicas sociales y, dentro del horizonte capitalista, particularmente de las económicas”. La dinámica de la competencia lleva a desdoblarse el espacio territorial entre aquello que es considerado útil y lo superfluo, rentabilizando el espacio con todos los elementos que lo componen. El territorio se reduce así “a la suma de sus elementos rentables o a sus potencialidades geoestratégicas”. Podemos concluir entonces que, a contrapelo de las concepciones dominantes, el territorio no se restringe a lo meramente físico, aunque por supuesto lo incluye. También contiene las múltiples prácticas e historias de vida que constituyen la subjetividad de la comunidad que lo habita.

¹³ Aun cuando nuestra investigación hace “foco” en la Ciudad Autónoma de Buenos Aires, huelga aclarar que, especialmente en la zona norte y sur del conurbano, las asambleas barriales han tenido -y en muchos casos aún tienen- una presencia

notable, sobre todo en lo referente a las luchas en contra de: 1. *la contaminación medio-ambiental*, en el caso de las asambleas de Wilde (con respecto a la empresa tercerizada de recolección de residuos CEAMSE) y Avellaneda, Sarandí y Dock Sur (denunciando al Polo Petroquímico radicado en la región); 2. *la represión policial e institucional*; y 3. *la privatización de espacios y tierras públicas*, en el de las asambleas de Carapachay, Vicente López, Florida Este, Munro y Villa Martelli. También en Rosario y Córdoba capital se ha constatado desde mediados de 2002 una dinámica asamblearia similar.

¹⁴ Nos referimos a los Movimientos de Trabajadores Desocupados de carácter *autónomo*, entendiendo por tales a aquellos que, desde una construcción territorial cotidiana de nuevas relaciones sociales, no dependen de ningún partido político ni central sindical.

¹⁵ Vale la pena mencionar que el 18 de diciembre de 2001, día previo a estas masivas jornadas de protesta, la fábrica textil Brukman -que durante 2002 y 2003 se convertirá en uno de los espacios “recuperados” que más acciones y sentimientos de solidaridad genera en el seno de los movimientos sociales- era ocupada por sus trabajadoras.

¹⁶ Podríamos afirmar que varias de ellas parecen olvidar la advertencia realizada al respecto por Antonio Gramsci: “la realidad abunda en combinaciones de lo más raro, y es el teórico el que debe identificar en esas rarezas la confirmación de su teoría, ‘traducir’ al lenguaje teórico los elementos de la vida histórica, y no al revés, exigir que la realidad se presente según el esquema abstracto” (1998: 330).

¹⁷ Siguiendo a Antonio Negri (2001: 84), podemos definir a la insurrección como “la forma de un movimiento de masas que resiste, cuando deviene activo en poco tiempo, o sea cuando se concentra sobre algunos objetivos determinados y determinantes: ello representa la innovación de las masas de un discurso político común. La insurrección hace confluir las distintas formas de resistencia en un único nudo, las homologa, las dispone como una flecha que atraviesa en forma original el límite de la organización social establecida, del poder constituido. Es un acontecimiento”.

¹⁸ Esta tendencia relativa parece constatarse también en el caso de la provincia de Buenos Aires: los distritos de mayor proporción de clase media, tales como Vicente López y Avellaneda, son aquellos que presentan mayor cantidad de asambleas.

¹⁹ Esta dinámica parece haberla advertido el diario *La Nación*, alertándonos desde su Editorial sobre el peligro de que las asambleas puedan “acercarse al sombrío modelo de decisión de los soviets” (14/02/02).

²⁰ A modo de ejemplo, podemos mencionar los casos de la *Cooperativa de Trabajo “La Cacerola”* (surgida en un comienzo de la comisión de desocupados de la asamblea de Plaza Almagro, hoy se ha desvinculado totalmente de ella, integrándose al Movimiento Nacional de Empresas Recuperadas) y el *Taller Popular de Serigrafía* (grupo de intervención artística creado en el marco de la asamblea Popular Plaza Dorrego, que ha devenido un colectivo con plena autonomía con respecto a esta asamblea del barrio de San Telmo).

²¹ Al respecto, cabe señalar que, si bien la inmensa mayoría de las asambleas funcionan de manera totalmente horizontal, existen algunas pocas en las que se ha constituido una especie de Comisión Directiva o instancia decisional superior.

²² Entendiéndolo en sus diversas dimensiones, a saber: 1. Relación social de dominación; 2. Conjunto de aparatos institucionales; 3. Políticas públicas. Para una profundización de esta concepción, véase Ouviaña (2002c).

²³ Es sintomático el *slogan* utilizado durante 2002 y 2003 por parte de los CGP del Gobierno de la Ciudad de Buenos Aires: “¡QUE SE VENGAN TODOS... LOS VECINOS!”, con una clara intención de acercamiento a -y búsqueda de *institucionalización* de- los espacios asamblearios de auto-organización barrial, que tendían a impugnarlos desde su mismo surgimiento. Basta recordar que una de las resoluciones aprobadas por la primer *Asamblea Interbarrial Nacional* el 17 de marzo de 2002 instaba a la “disolución de los CGP y que todos sus bienes pasen bajo el control de las Asambleas Barriales”.

²⁴ Un caso paradigmático fue el del senador Raúl Alfonsín, quien apelando al artículo 22 de la Ley de Defensa de la Democracia, intentó -en sus propias palabras- “armar una acción política en contra de la anti-política” de las “sediciosas” asambleas barriales (Página/12, 22/02/02).

²⁵ Una discusión central que atraviesa a casi todas las asambleas capitalinas es qué posición tomar con respecto a la supuesta descentralización del poder a través de la creación de las Comunas y la sanción de un presupuesto participativo. Si bien no podemos extendernos, vale la pena mencionar el proyecto de “Iniciativa Popular” para que la Legislatura Porteña trate y apruebe la propuesta de *participación directa* impulsada por la asamblea de Villa Mitre, que cuenta con el aval de más de 8500 firmas de vecinos de la ciudad (el doble de aquellos que hasta el momento han asistido a la totalidad de reuniones barriales convocadas por los distintos Centros de Gestión y Participación para consultar sus opiniones acerca de la Ley de Comunas). Apoyado activamente por varias asambleas (Coghlan, Villa Urquiza, Colegiales y Plaza Noruega, entre otras), este proyecto propone la constitución de “veinte unidades descentralizadas de gestión política y administrativa con competencia territorial”. Cada una de estas Comunas, a su vez, se dividiría en diez Vecindarios de manera tal que se torne posible la participación directa de los vecinos, quienes a través de Asambleas Comunales y Vecinales elegirían a los mandatarios.

²⁶ Los propios dirigentes de los partidos de izquierda han realizado acusaciones mutuas entre sí, denunciando sus respectivas prácticas de *entrismo*. Así, por ejemplo, Pablo Rieznik, del Partido Obrero, alude al integrante de una asamblea como miembro “de un grupito autodenominado Partido Bolchevique, disfrazado de militante vecinal” (Prensa Obrera N° 770, 05/09/02), y Christian Rath, del mismo agrupamiento político, denuncia “la conspiración del MST [Movimiento Socialista de los Trabajadores] en el seno de las asambleas populares” (reproducido en www.poloobrero.org.ar), mientras que Adriana Vitoli, candidata por Izquierda Unida a la Legislatura Porteña e integrante de la asamblea de Entre Ríos y San Juan, contraataca acusando al Partido Obrero de no haber “dudado en utilizar todos los medios a su alcance, incluyendo la agresión física”, para “lograr que el movimiento asambleario tome su política” (Prensa Obrera N° 809, s/f). Varios asambleístas entrevistados coinciden en criticar este tipo de acciones. Mientras uno de ellos expresa que “a los militantes de izquierda nos les interesa la discusión entre vecinos ya que tienen su propio ámbito de debate que es el partido”, otro agrega que “el error de los partidos es tratar de imponerles a los

vecinos un pensamiento político, cuando ese pensamiento lo tenemos que construir entre todos” (Fernández, 2002: 6).

²⁷ Una actividad que muchas asambleas han generado al poco tiempo de su conformación, con el objetivo de constituir redes de apoyo mutuo con este sector social, es la realización de una olla popular de carácter “autogestivo”. En un *volante* que distribuyen a quienes asisten a ella, la asamblea de Angel Gallardo y Corrientes aclara que la misma “no tiene nada que ver con el asistencialismo o la caridad de la iglesia, que no busca otra cosa que limpiarse la conciencia dando limosna, y mantener la brecha entre ricos y pobres. Nuestra olla pretende ser un lugar de encuentro en el que todos los que participemos de él lo sintamos como propio y además de combatir el hambre que genera este sistema, empecemos a construir, a partir de la solidaridad, la auto-organización y la lucha, otra forma de relacionarnos, mirándonos a los ojos y preguntándonos cómo cambiar esta realidad”.

²⁸ Algunos asambleístas entrevistados reconocen haber tenido en sus barrios conflictos con ciertos movimientos piqueteros, es especial con aquellos que “responden” a partidos de izquierda: como ejemplos, podemos mencionar el caso de la asamblea de Parque Rivadavia y el Movimiento Sin Trabajo “Teresa Vive” (brazo piquetero del MST), o el de las asambleas de Villa Crespo y el Cid Campeador que, luego de haber “recuperado” predios, devinieron territorios a ser “disputados” por grupos como el Polo Obrero. La crítica de estos últimos a las asambleas, por su parte, se vincula por lo general con la “composición de clase” de las organizaciones vecinales, su tendencia hacia el horizontalismo y el debate “excesivo”, y su “falta de práctica política concreta”.

²⁹ A modo de simple descripción, podemos mencionar los siguientes: asamblea Popular del Cid Campeador, Av. Ángel Gallardo 752 (local abandonado del Banco Mayo); asamblea de Florida Este, Vicente López (ex complejo de canchas de paddle); asamblea de Almagro, Medrano al 400 (predio abandonado); asamblea de Villa Crespo, Padilla y Scalabrini Ortiz (local abandonado del Banco Provincia); asamblea de Parque Lezama Sur, Suárez 1244 (local abandonado del Banco Mayo); asamblea de Paternal, Cucha Cucha 2452 (predio municipal); asamblea de Villa Pueyrredón, (lavadero de autos abandonado); asamblea Popular de Villa Urquiza, Triunvirato entre Monroe y Roosevelt (ex pizzería La Ideal); asamblea de Villa del Parque, Cuenca y Marcos Sastre; asamblea de Parque Avellaneda, Lacarra y Directorio; asamblea Palermo Viejo, Bompland 1660 (ex mercado municipal); asamblea Plaza Palermo Viejo, Gurruchaga y Nicaragua (ex mercado municipal); asamblea de Saavedra, Plaza Oeste y Núñez; asamblea de las 7 esquinas, Escalada y Alberdi (ex mercado abandonado); asamblea de Corrientes y Juan B. Justo, Humboldt y Corrientes (local abandonado).

³⁰ Las respuestas frente a la posibilidad de un desalojo son múltiples: mientras asambleas como la de Lacarra y Directorio y la de Paternal se encuentran gestionando la conformación de una cooperativa legal, a los efectos de continuar usufructuando el predio, en otros casos los integrantes de la asamblea -especialmente los más jóvenes- se muestran reticentes a cualquier negociación con el Estado, instando a la realización de acciones de resistencia civil en contra de su accionar judicial.

³¹ En el caso de la provincia de Buenos Aires, se llegaron a constituir con menor

fuerza otras Interbarriales: Zona Norte (frente a la Quinta de Olivos); La Plata, Berisso y Ensenada; Zona Oeste (en la Unión Ferroviaria de Haedo); y Lomas de Zamora. También en Rosario funcionó durante varias semanas un espacio de coordinación de similares características.

³² Sugestivamente, la reunión Interbarrial concluyó con el canto generalizado de una consigna: “¡respeten los mandatos, basta de aparatos!”.

³³ Recién el 7 de junio de 2003, convocado por las asambleas de la provincia de Entre Ríos, se realizó en Paraná un nuevo un encuentro que aspiraba tener un carácter *nacional*. Sin embargo, por la escasa difusión y la relativa lejanía no participaron demasiadas asambleas de Capital Federal y Gran Buenos Aires, aunque sí hubo representantes del *Encuentro de Asambleas Autónomas*. Una nueva reunión nacional ha sido llamada para el 9 de agosto de 2004 en Rosario. El temario central a debatir es el siguiente: 1. La unidad asamblearia desde la autonomía y la diversidad; 2. La construcción de una Red Nacional de Asambleas; 3. La construcción de una “herramienta política nueva, útil para promover el cambio”.

³⁴ Entre las principales actividades realizadas, podemos destacar: 1. Elaboración de un “exigitorio” que, al ser respaldado por miles de firmas de vecinos con quienes se debatió en profundidad el tema, fue presentado en la Cámara de Diputados y en la Defensoría del Pueblo de la Nación; 2. Realización de una encuesta en los diferentes barrios porteños, “apuntando sobre todo a ver qué medida de desobediencia civil estaba dispuesta a hacer la gente” en contra del aumento tarifario; 3. Escraches varios en un montón de oficinas de las empresas privatizadas y de entes reguladores, según lo decidían la distintas asambleas; 4. Charlas informativas y de debate, con especialistas y trabajadores; 5. Apoyo y participación en actos y acciones del espacio de resistencia “Salvemos al tren”; 6. Audiencia pública “popular” en el ETOSS, convocada por las asambleas barriales; 7. Apagón con cacerolazo, la noche anterior a ser realizada la primera Audiencia Pública convocada por el organismo regulador del servicio de agua; 8. Movilización y corte de calle en la sede central de la empresa Aguas Argentinas; 9. Presentaciones y movilizaciones en los Tribunales a los jueces que debían decidir si le daban curso a los amparos presentados por las defensorías y asociaciones ante los diversos intentos de aumentos de tarifas; 10. Caravana vecinal de “resistencia contra el tarifazo” por todos los barrios capitalinos y algunas zonas de la Provincia de Buenos Aires, finalizando en la sede de Aguas Argentinas

³⁵ En el caso de la Central de los Trabajadores Argentinos (CTA), su concepción es explicitada en uno de sus documentos gremiales: “El Estado es una herramienta que no es ni buena ni mala en sí misma: un martillo puede ser usado para construir o para destruir depende quien lo utilice. Ahí se define la voluntad, la intención política”. *¿Un país sin Estado?*, Asociación Trabajadores del Estado, Congreso de los Trabajadores Argentinos, 1996.

³⁶ Al respecto, es interesante destacar la ausencia *absoluta* de dirigentes o voceros asamblearios, en paralelo a la apelación permanente al término “auto-convocados”.

³⁷ Uno de los mayores críticos de la noción de representación es sin duda Antonio Negri. De acuerdo al filósofo italiano ella opera como “uno de los instrumentos jurídico-constitucionales fundamentales para el control y la segmentación del

poder constituyente”, no siendo “más que una rueda de la maquina social de la división del trabajo”. Por contraposición, el poder constituyente “se define emergiendo del vértice del vacío, del abismo de la ausencia de determinaciones, como una necesidad totalmente abierta. Es por esto por lo que la potencia constitutiva no se concluye jamás en el poder” (1994: 20-32). De manera coincidente, diversos autores han caracterizado a la práctica asamblearia como una *construcción desde este abismo*.